

La Ilustración Artística

Año XXVI

BARCELONA 22 DE JULIO DE 1907

Núm. 1.334

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Salón de Otoño.—París, 1906



ANTES DE LA FIESTA, cuadro de Juan Cardona

adquirido por el Estado francés para el Museo del Luxemburgo



Texto.— Crónica de teatros, por Zeda. — La conversión de D. Cosme, por J. F. Luján. — Juan Cardona, por A. García Llansó. — El verdadero peligro amarillo, por F. A. Mac Kenzie. — Inés Yangongo, asesinada y devorada por los pumes del río Muni. — El capitán Mac León, á quien el Raisuli ha hecho prisionero. — Carrera automovilista Pekín-París. — Conflicto yanqui-japonés. — Bordado artístico. — Problema de ajedrez. — El marido de Aurette, segunda parte de «Aurette», novela ilustrada (continuación). — Brujas. La Exposición del Toisón de Oro. — Barcelona. Reparto de premios á los alumnos de la clase de árabe del Centro Hispano-Marroquí.

Grabados.— Antes de la fiesta, cuadro de Juan Cardona. — Dibujo que ilustra el artículo titulado La conversión de don Cosme. — Carrera automovilista Pekín-París. Los dos automóviles Dió-Boutón saliendo de Pekín por la puerta Tenchen-men. — Vista general del arsenal de Nueva York con las principales unidades de guerra que se disponen á marchar al Pacífico. — Marineros yanquis embarcándose en los acorazados en el arsenal de Nueva York. — Paqueta. — Vendedor de sorbetes en España, cuadros de Juan Cardona. — La instrucción militar en China. Los cadetes aprendiendo el inglés. — Antiguo sistema penitenciario chino. — Sistema penitenciario en la actualidad. — Oficial y soldados de la infantería china. — Ejercicios corporales del soldado chino. — General chino con su estado mayor. — Después del desafío, cuadro de B. Temple. — Inés Yangongo. — El capitán Mac León. — Bordado artístico ejecutado á mano por D.^{ca} Leonor Capdevila. — Brujas. Palacio donde se celebra la Exposición del Toisón de Oro. — Sala principal de dicha Exposición. — Barcelona. Reparto de premios á los alumnos de la clase de árabe del Centro Hispano-Marroquí. — Estudio, dibujo al lápiz de Dionisio Baixeras.

CRÓNICA DE TEATROS

Se ha dicho—y yo creo que con verdad—que en Madrid—y quien dice en Madrid dice en España—hay tantas instituciones docentes científicas y literarias como en cualquier capital de Europa, sólo que entre nosotros esas instituciones son como los bastidores y telones de los teatros: mucha fachada, pero nada por detrás.

Esto mismo sucede con el Conservatorio, por lo menos en lo que se refiere á la sección de arte dramático. El estado costea clases de Declamación, de Indumentaria, de Literatura; da á sus profesores sueldos iguales á los que disfrutaban los catedráticos numerarios de segunda enseñanza, paga con relativa largueza á algunos empleados administrativos y á unos cuantos bedeles que ostentan vistosos y galoneados uniformes, sostiene en fin un establecimiento con todas las apariencias propias de esa clase de instituciones: lo único que allí falta es la enseñanza de la declamación.

Parece lo natural que en una escuela de tan difícil arte, la enseñanza de la declamación fuese lo primero. Aquí lo hemos arreglado de otro modo. Los alumnos adquieren conocimientos muy estimables de Literatura é Indumentaria; pero la enseñanza práctica del arte escénico no es ni con mucho todo lo intensa que sería de desear.

En ella faltan el método y el orden indispensables para que la instrucción dé frutos sazonados. Los profesores no suelen estar de acuerdo, de modo que cada cual elige sus alumnos, procurando aislar su trabajo del de los discípulos de los otros profesores, lo que quita á la enseñanza aquella unidad y armonía que tan necesarias son en todas las empresas de finalidad artística. En las comedias elegidas para que en su ejecución se ejerciten los futuros actores, no presiden siempre el cierto y el buen gusto, sin tener en cuenta que el buen cómico se forma con el continuo estudio y la interpretación constante de las obras maestras, y no ejecutando obrillas de poco fuste, cuyo efímero éxito fué debido, más que á su mérito artístico, á circunstancias ajenas al arte. Tampoco se acostumbra á procurar en ellas la variedad necesaria, desde el sainete popular hasta el drama trágico, á fin de que los discípulos puedan desarrollar todas sus facultades y aptitudes. Rara vez estudian éstos una comedia ó drama completos: se contentan con aprender escenas sueltas, que sirven, sin duda, para que aprendan á recitar unos cuantos parlamentos, mas no para dar vida artística á los caracteres creados por los grandes autores, en lo cual estriba la verdadera dificultad del arte teatral.

En tales trabajos, si no del todo estériles, en rigor muy poco fecundos, se pasan los ocho meses del curso.

Y llegan los exámenes.

Ya está el salón de actos—que por cierto es muy amplio y elegante—lleno de espectadores y espectadoras. El tribunal se ha instalado ante el escenario. Los discípulos y discípulas, con sus trapitos de cristianar, esperan entre bastidores á que les llegue el turno. El telón se levanta y los ejercicios comienzan.

* *

Los del último curso han sido en verdad este año menos que medianos. Nada ó muy poco pudo vislumbrarse en ellos que despertara esperanzas legítimas. Esto no fué obstáculo para que el tribunal calificador repartiese á manos llenas las notas de sobresaliente. De tal modo se prodigan las tales notas, que los pocos alumnos á los que se les concede la calificación de *Notable* se consideran poco menos que deshonrados. Algunas alumnas en los últimos ejercicios, al verse consideradas tan sólo como notables, cayeron accidentadas. Allí, como en el antiguo sainete titulado *Pipo ó El príncipe de Montecresta*, todos quieren ser «los primeros mimicos.»

Los alumnos sobresalientes hacen luego oposición á los premios. Estas oposiciones consisten, como los exámenes, en la recitación de fragmentos de comedias, elegidos por los mismos alumnos. ¡Qué falta de gusto en la elección de obras! La mayor parte de las escenas que se representan en el susodicho certamen pertenecen á las comedias recientemente estrenadas en Madrid, y el trabajo artístico de los alumnos que las ejecutan es una imitación, por lo general caricaturesca, de la manera de declamar de los actores y actrices de moda. Ni rastro se descubre en estas oposiciones que revele verdadera personalidad artística.

Cuando aquéllas terminan, del mismo modo que cuando acaban los exámenes se derrochan las notas de sobresaliente, se reparten ahora los primeros premios. Cualquiera creerá, si no está enterado de los convencionalismos del Conservatorio, que primer premio no puede haber más que uno. Se equivoca si tal supone. Allí se dan cinco ó seis primeros premios y algunos de ellos á opositores á quienes les vendría muy ancho un simple *aprobado*.

Siguiese de aquí que todos los años sale del conservatorio una tanda de alumnos premiados, cuyos diplomas apenas si sirven luego en los teatros para que sus poseedores desempeñen papeles de racionistas, ó según la jerga de bastidores, «para que saquen vasos de agua.»

Claro es que este proceder de los jueces reconoce por causa un noble sentimiento de benevolencia; pero cierto estoy de que si dichos jueces reflexionasen sobre los resultados de su benignidad se convenirían de que cierto saludable rigor sería muy beneficioso para los discípulos y para la prosperidad del arte escénico. ¡Cuántos de aquéllos, engañados por su primer premio, se creen verdaderas estrellas, sueñan con ruidosos triunfos y se ven ya en la cúspide de la fama!.. Al poco tiempo, ¡qué de decepciones! El público los rechaza, la crítica los fustiga y aquel soñado porvenir de gloria y de riqueza queda reducido á buscar de pueblo en pueblo las recompensas harto humildes que en otros tiempos conseguían á duras penas los farsantes del *ñaque*, la *boxiganga* y el *bululú*.

* *

De los actores del porvenir pasemos á los actores del pasado. Me refiero á Vico y Calvo, cuyas cenizas fueron sepultadas días pasados en el panteón de hombres ilustres que en el cementerio de San Justo posee la Asociación de Escritores y Artistas.

Bellísima era la «decoración» que ofrecía aquella tarde de primavera el patio del cementerio en que existe dicho panteón. La blancura de los sepulcros se destacaba entre el verdor de los setos de rosales, de los puntiagudos cipreses y de los llorones sauces. Los rayos del sol poniente, abriéndose paso de cuando en cuando al través de montones de arboladas nubes, parecían besar piadosamente las inscripciones de las lápidas y las cruces de las sepulturas: sobre las cúpulas de algunos lujosos enterramientos, ángeles colosales extendían sus alas como disponiéndose á emprender el vuelo.

En el panteón, de forma semicircular, que preside llorando una hermosa figura de mujer, obra del escultor Querol, y en donde descansan los restos de Espronceda, Figaro, Rosales y Núñez de Arce, estaba abierta ya la ancha fosa que debía recibir las cenizas de los dos grandes actores. Rosas y claveles alfombraban las losas del panteón y en torno de él se agrupaba numerosa multitud perteneciente á todas las clases sociales.

Anochece ya cuando el cortejo que había recorri-

do las principales calles de Madrid, pasando por delante de varios teatros, penetró á son de campana en el camposanto. Formaban la comitiva los hijos, hermanos y parientes de los dos célebres artistas, personajes políticos, literatos, autores dramáticos, actores y actrices y representantes de varias asociaciones literarias. Un centenar de coronas, algunas enormes, fueron colocadas en derredor de la abierta sepultura de tal modo que bajo ellas quedó oculto todo el monumento. Los hijos y parientes de los dos muertos llevaron hasta la fosa y depositaron en ella, cubriéndolas de flores, las dos urnas que contenían los restos de Calvo y Vico..., y allí juntos descansan para siempre los dos artistas que tantas veces compartieron desde la misma escena los aplausos del público.

Y mientras la tierra sagrada del cementerio caía sobre los yertos despojos y algunos oradores ensalzaban al borde de la tumba la gloria de los dos comediantes, yo recordaba aquellas noches ya tan lejanas en que mi corazón juvenil se estremecía agitado por los acentos de pasión de los dos hombres cuyos huesos pronto serían reducidos á polvo... Eran los tiempos en que triunfaba D. José Echegaray. El gran dramaturgo estrenaba su drama *La muerte en los labios*. Calvo representaba el papel de Conrado, Vico el de Walter. Poseídos de noble emulación los dos actores hicieron alarde de todos los recursos artísticos de su talento: Calvo fué el joven vehemente, apasionado, heroico hasta el sacrificio, que el poeta había imaginado; Vico el hombre feroz é implacable que simbolizaba en el drama el sombrío fanatismo religioso. El público seguía con intensa emoción la lucha encarnizada entre estas dos almas violentas; cada réplica era acogida con una tempestad de aplausos; cada gesto, cada actitud, con un murmullo de asombro. Cuando terminó la representación del drama y el autor y los dos intérpretes de su talento se presentaron en escena, los espectadores prorrumpieron en aclamaciones delirantes... En veinte años de labor crítica yo no he visto en el teatro nada parecido.

Hay quien dice que la gloria del cómico se desvanece tan pronto como se extingue el ruido de los aplausos... No hay tal cosa. Y buena prueba de ello es el homenaje que el pueblo de Madrid ha tributado á la memoria de los dos actores. No obstante haber desaparecido de entre nosotros hace largos años, que en estos nuestros tiempos de frenética actividad equivalen á siglos, y á pesar también de faltar muchos de los que los admiraron con entusiasmo, es lo cierto que el público no los ha echado en olvido: quizás tiene de ellos recuerdo más vivo que de otros hombres meritísimos que consagraron su existencia en pro de sus semejantes.

Ni sombra de censura á tan merecido homenaje hay en lo que acabo de decir. Los que en una ó en otra forma realizan belleza son también bienhechores de la humanidad: ellos purifican y elevan nuestros sentimientos; nos apartan siquiera sea momentáneamente de las miserias de la vida y hacen que descubramos en nosotros mismos tesoros de piedad, de ternura, de altruismo que ni siquiera sospechábamos.

* *

Cuando ya de noche salíamos del cementerio, reunióse conmigo un distinguido actor.

—Muy hermoso, me dijo, es este tributo que acabamos de rendir á la gloria de Vico y Calvo.

—Cierto, le contesté. Si sus almas pueden enterarse de lo que se hace por aquí abajo, no estarán de seguro quejosas...

—Y sin embargo, añadió el actor, ha faltado algo.

—Usted cree...

—Creo que hemos hecho muy bien en honrar á los muertos, pero que no debíamos olvidar á los vivos. Los artistas en general, y muy particularmente los actores, suelen cosechar en vida mucha gloria, quizás algún provecho; pero acontece casi siempre que al morir sólo dejan á los suyos por toda herencia unas cuantas coronas de laurel.

—¡Es verdad!, dije yo.

—Tanto es verdad, replicó mi acompañante, que quizás esta misma noche alguna persona muy allegada á uno de esos grandes actores que acabamos de enterrar, al apartarse de la tumba recién cerrada tendrá que pensar, después de tanta gloria, en que es más fácil encontrar coronas para los muertos que pan para los vivos. Y si como usted decía antes las almas de los que mueren tienen noticia de lo que pasa en la tierra, el alma de ese comediante ilustre ha de sentir algo amargada su gloria de esta tarde. ¿No le parece á usted que si es acción muy noble honrar á los muertos, no lo sería menos atender á los vivos?

ZEDA.



Detúvose Irrutiegui ante el grupo de una mujer con la cabeza inclinada sobre un chiquillo que en su regazo dormía

LA CONVERSIÓN DE D. COSME

Obra de romanos resultaba averiguar por qué tenía D. Cosme Irrutiegui tan profunda aversión al matrimonio; y érase lo dificultoso del punto en gracia á la patriarcal figura y á las bondadosas manifestaciones del carácter. Adoraba á los chiquillos; encantábanle sus travesuras. Las niñas, sobre todo, traíanle embozado; animábalas, hundía los dedos en la maraña de los rizos y arreglaba las sortijillas de las sienes; escapábasele un ósculo más de una vez, y en no pocas había vestido y calzado á muchas pordioserillas, so pretexto de que no estaba bien que se acostumbra- sen á mostrar desnudeces dignas de recato aquellos angelotes y serafines de Dios; á los mocosos no les procuraba ropa, pues no habían de ser delicados y finos, sino antes rudos y resistentes y hechos á la lucha contra la naturaleza y los hombres.

Sabiase todo ello en la sociedad que frecuentaba, y no porque él pregonase virtudes buenas para ocultas...

Era de ver con qué donoso desenfado le saludaban las alegres damitas.

—¡Hola, papá güelo! ¿Cómo va la clientela callejeril?

No faltaba nunca quien le cogiera con gracioso coquetismo del brazo, diciéndole:

—Cuenta, cuenta, D. Cosme.

—¿Y qué he de contar, ilustre heredera de los Fúcar, hija de próceres, futura madre de próceres, diablillo hermoso?

—¡Adiós mi dinero! Pues adviértole, Irrutiegui, que estoy arruinada; no me vendría mal uno de esos socorritos con que usted convierte á la mísera pordioserilla en princesa de los palacios azules.

—Vaya por el bomboncico, contestaba el solterón, sonriendo plácidamente y sacando del fondo de su levita un dulce envuelto en papel seda.

Comíase la señorita sin remilgos el goloso regalo, y D. Cosme murmuraba:

—No es extraño que aquellas criaturas acostumbra- das al pan duro, si le hay, codicien mis pasteles cuando usted lo engulle así.

—Es usted atroz D. Cosme, atroz. En pecado de gula acabo de incurrir, y lo que es más grave, á los pobrecitos robo. Míreme arrepentida, y en descargo de mi conciencia permita que me asocie por hoy á sus buenas obras.

No necesitaba Irrutiegui de semejantes socorros; rico era él, inmensamente rico, y sin deudos á quienes atender y mejorar; pero aceptábalos con fruición por ser mujeres, niñas grandes, las que acudían en auxilio de sus pequeñuelas desheredadas. En este

punto parecía tan intransigente como en el relativo al matrimonio.

—Dispense, solía contestar al magnate, al amigo. No sirvo para administrar sus sentimientos. La caridad no admite partida doble. El trabajo que yo le ahorro acumúlelo á la limosna.

—Pero D. Cosme, le objetó cierto día uno de los desairados. Admite usted los donativos de mi hija, ¿y de dónde cree usted que salen?

—De su corazón; ¡jea, pídamle que le sirva en cuanto yo pueda ser su humilde criado, menos en esclavizarme á su vanidad!

¿Pues qué habían creído los muy tontos? Si don Cosme transigió con las damitas, á vueltas de mucho azuzarle ellas, de mucho resistir él, debíase á que en su cooperación desplegaban maternales desvelos, cuidados de indescriptible ternura. Ocurrió el caso una misma noche, en baile de gala con que los de Ontuna obsequiaban á cierto potentado ruso, muy bienquisto en la corte imperial. La esposa de éste dijo á Irrutiegui después de la presentación y en aparte amistoso, que le dispensara el honor de transmitir á los infelices su generosa dádiva; no tenía ella tiempo para buscar á los menesterosos, verdaderamente necesitados, ni encontraría, seguro, más amable y noble administrador. Y díjolo tan fina y delicadamente, que D. Cosme, inclinándose, besó con exquisita cortesanía los dedos de aquella señorona sin par. De allí á poco embargóle en rincón discreto la señorita de la casa, y entregándole una muñeca, figurina preciosa, recuerdo de sus años infantiles que conservaba como reliquia inestimable, exclamó:

—No tengo otra cosa, pero es lo que mucho estimo; déselo á la más pobre é infeliz.

—¡Oh! ¡oh!, suspiró Irrutiegui completamente vencido.

Precisamente sabía él donde obraría virtudes de encantamiento toda aquella prodigiosa lluvia que dijérase caer de manos de hada. Contó con dulce ingenuidad la historia, fresquita de aquella misma tarde: una de esas miserias ocultas, que no se arrastran por las calles. Insondable miseria, abismo sin fin; tratábase de una chiquita rubia, ¡tan rubia!, con unos cabellitos de oro que parecían tejidos por las arañas en sus telas sutiles á la luz esplendorosa del sol. ¡Y cómo estaba vestidita de negro, porque acababan de llevarse unos malos homes al paere! Y véase lo que son las raras cosas de la vida, y cómo los acontecimientos se encadenan y tienen, mágica al parecer, lógica sucesión en el fondo: habíale dicho la inocente criatura:

—Mamá lora; miala cómo lora y no me dá pan. ¿Quieres comprame una nenica pa que l'adueña, ansí, ro, ro?

Al día siguiente la señorita de Ontuna completó el regalo encargándose de mantener y educar á la huérfana, y desde entonces, desde aquel punto y hora, no vaciló Irrutiegui en ir con todos aquellos cuentos tan tristes del arroyo á las señoritillas burlo- nas que le llamaban güelo, remedando bondadosa- mente el truanesco ademán de los míseros.

Pues ved ahí que este hombre sencillo, de alma amorosa, no sólo era solterón impenitente, pero ter- rible panegirista del celibato, furibundo en sus dia- tribas, que sonaban siempre á condenaciones. Jamás se le conocieron galanteos ni aventuras peligrosas; cortesano y fino, no pasaban de «discretas razones» los coloquios á que con las mujeres le reducía el trato social. ¿Tuvo en sus mocedades alguno de esos des- engaños amorosos que perturban y secan un alma, imponiéndola voto perpetuo de viudez? Todas las tentativas para poner en claro tan sugestivo misterio: en este punto D. Cosme resultaba impenetrable es- finge.

Júzguese, pues, qué pasmo el de la aristocrática sociedad, al enterarse del caso inaudito, inverosímil: Irrutiegui se casaba; sí, contraía matrimonio severa y dignamente, y en aquellas nupcias inesperadas sacrifi- cábase al sesentón una linda muchachuela de vein- titrés.

—Pero es extraordinario, decía uno; sangrienta burla.

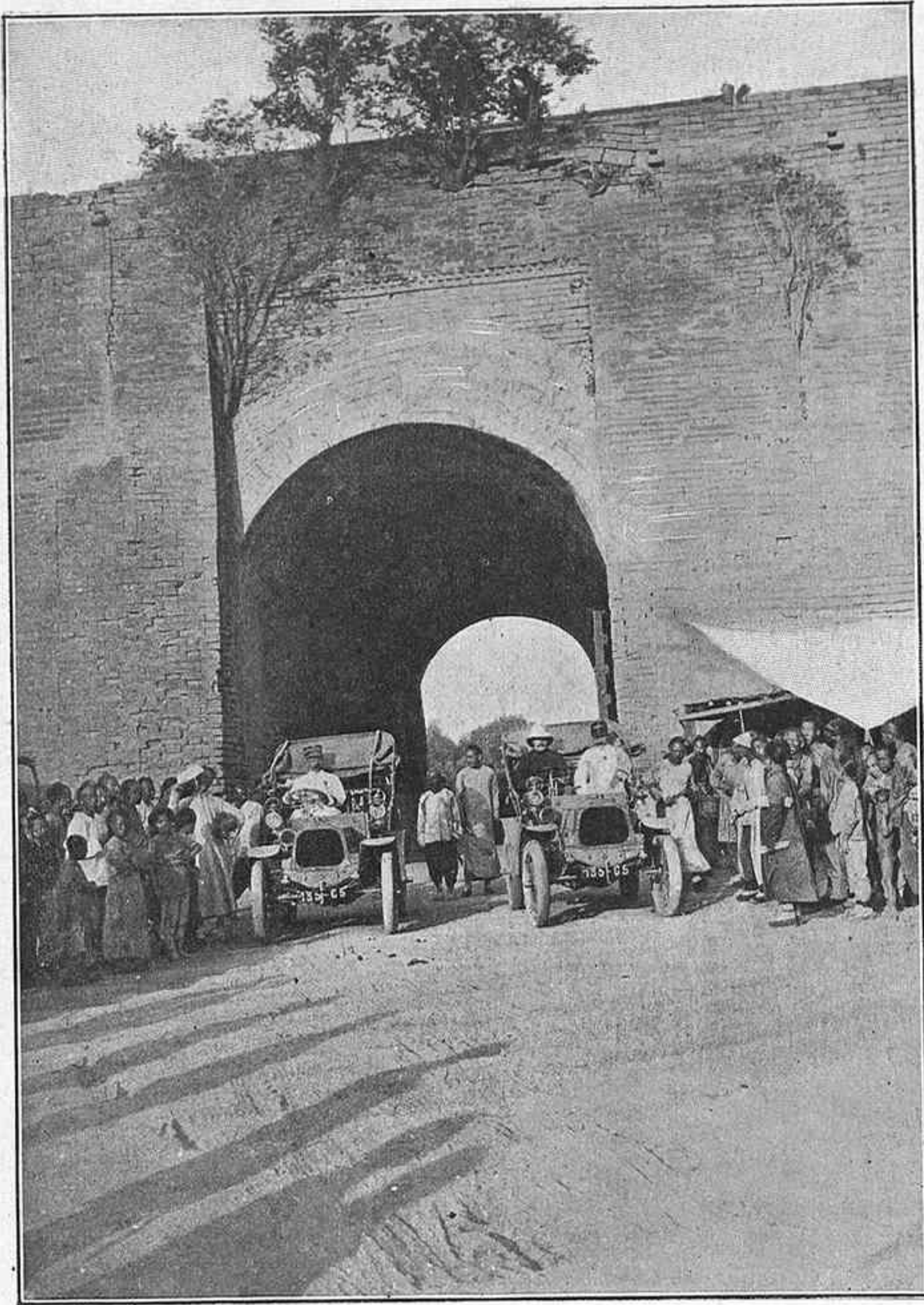
—El destino de los solterones, observaba malicio- samente otro.

—¡Fíese usted, fíese! ¡D. Cosme apóstota! No, im- posible. D. Cosme chochea; á D. Cosme se le ha vuelto el juicio.

—¿Quiere usted callarse? Es que los de su calaña son gente egoísta desde el principio hasta el fin: por egoísmo se mantienen solteros; cásanse por egoísmo cuando ya no pueden con sus achaques. ¡Y que las escogen machuchas los muy tunos!

Y no hay palabras que ponderen el asombro que se siguió después de tan incomprensible sorpresa, cuando tras del casamiento vino el acto de legitimar y reconocer á un arrapiezo de cinco años, criatura preciosa, gentil. ¡Y que no estaba loco el diablo del güelo, con aquel retoño dulce, de faz atezada, de rasgos fisonómicos enérgicos, como los suyos!

Bien la pagó por parte de los varones, sin embar- go; pues tuvo que resistir burlas donosas, burlas que zahieren, que molestan á modo de invisibles aguji- nes amparados en la coraza de las más exquisitas fórmulas de educación. En cambio, congracióse con



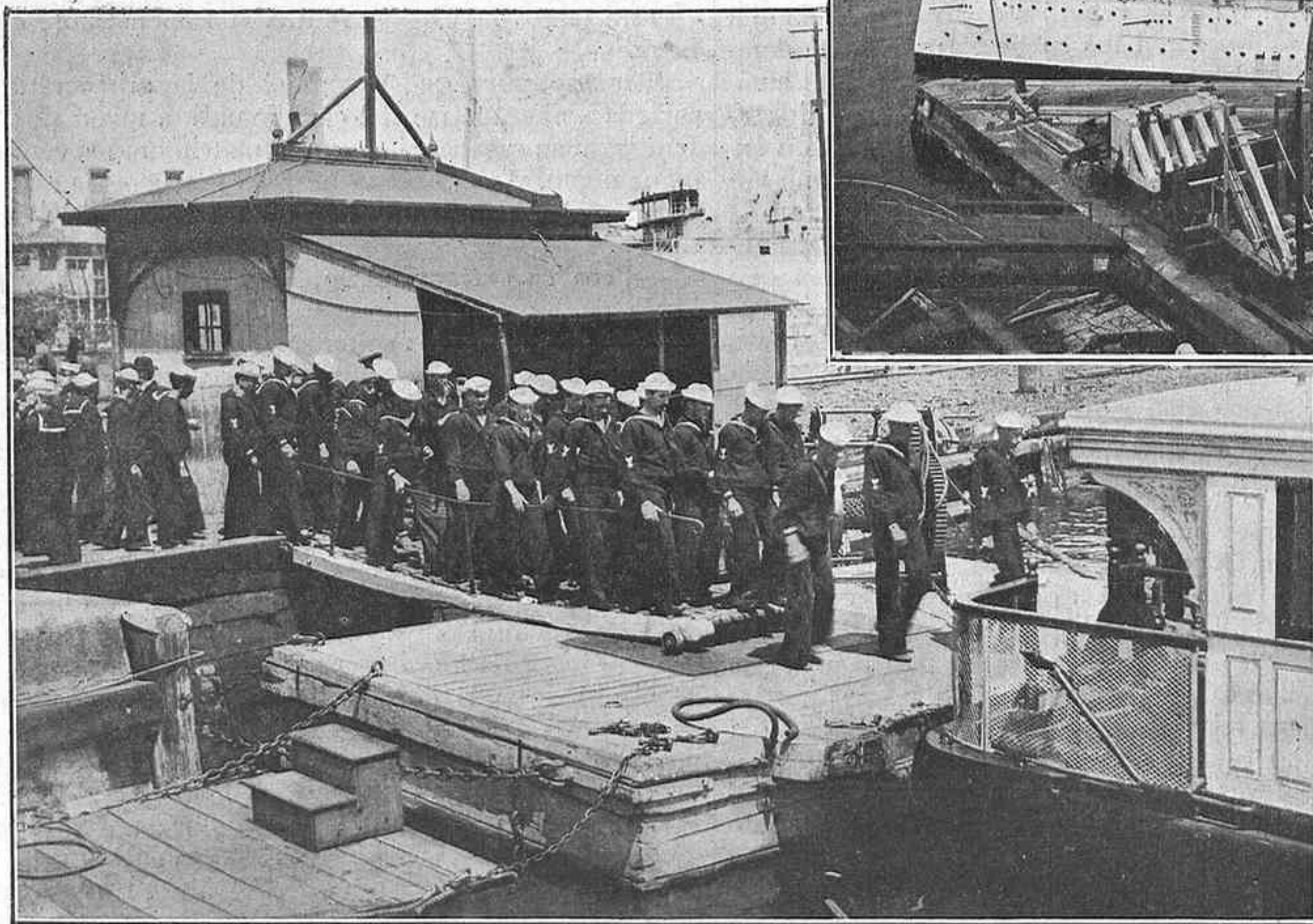
CARRERA AUTOMOVILISTA PEKÍN-PARÍS. — Los dos automóviles Dion-Bouton saliendo de Pekín por la puerta Ten-chen-men. (De fotografía de M. Branger.)

las damas, quienes le abrumaron prodigándole finezas sin fin.

La ceremonia fué solemne. Apadrinaronla dos ilustres y linajudos castellanos, de los que sólo con prestar su sombra dan cuarteles de nobleza, hidalguía y virtud.

Se trataba de algo grande, sin duda, cuando la muy egregia señora de Oteiro Doncesvillas y el pun-donoroso prócer dispensaban á Irrutiegui tan codiciado honor. Las lenguas maliciosas enmudecieron.

Pero si no atinaba la sociedad con las razones de semejante conversión, pues seguía D. Cosme impenetrable como en su vida de soltero, nada tenía de extraordinario lo ocurrido, aunque aparentemente tome carácter de novela.



CONFLICTO YANQUI-JAPONÉS. — MARINOS YANQUIS EMBARCÁNDOSE EN LOS ACORAZADOS EN EL ARSENAL DE NUEVA YORK. (De fotografías de Photo-Nouvelles.)

En uno de sus paseos por la Moncloa detúvose Irrutiegui embelesado ante el grupo de una mujer con la cabeza inclinada sobre un chiquillo que en su regazo dormía plácidamente. Vestía ella de luto, un negro de percalina andrajosa, descolorido, vergonzante. Y con aquel educado instinto para descubrir los inmensos dolores, las grandes miserias, tras del delicioso poema vió D. Cosme inmediatamente el drama sangriento de la vida. Se acercó con dulzura, diciendo:

—Señora, perdone usted...

La frase quedó cortada; levantó la mujer el rostro triste, lleno de indescriptible melancolía, y D. Cosme se quedó como de piedra contemplando al angelote dormido. En su espíritu se levantó tempestad horrible de dudas y celos y pesadumbres. Aquella carita de serafín, tan noble y simpática, tan graciosa, era la estampa viva de su sobrino muerto; su miniatura, la de aquel retrato que conservaba él como reliquia santa, inestimable tesoro.

—Perdone usted, señora, continuó esforzándose en serenarse. Sin duda ese niño precioso es hijo de usted, aunque, ó mucho me engaño, ó todo da en su carita mona al padre; y es muy posible también que sea huérfano.

—No se equivoca usted, murmuró suavemente ella.

Irrutiegui empleó entonces las más sutiles delicadezas de su lenguaje persuasivo, amoroso; ¿á que seguía adivinando? La viuda sin ventura necesitaba, no para ella, no, para su hijito, el consuelo y la

protección de las buenas almas, de quien como hermanos consideraba á los infelices. Y la mujer lloró. Contó su doloroso calvario: no podía vivir; no sabía cómo atender á la subsistencia del niño. ¿Apurarse por ella? ¿Que si quieres! Pero escaseaba el trabajo; reclamábanla en el taller y no podía confiar á extrañas manos al ídolo de su corazón. Moriría de tristeza el pobre. ¿Y qué diría su padre desde los cielos azules?

¡Oh, qué amor, qué infinito y delicioso amor palpataba en las declaraciones de la hembra dolorida! D. Cosme no quiso evaporar aquel perfume de abnegada ternura que le envolvía, mareándolo. Rogóle que aceptara el donativo de un viejo enamorado de los chiquitines y que fuera á verle al día siguiente; le esperaba en casa y vería de remediar honrosamente su desventura.

Aquella noche no durmió Irrutiegui. La carita candorosa del ángel desvanecido en sopor no se apartaba de sus ojos, enredando la urdimbre, los más ocultos escondrijos de la conciencia. Su sobrino era el padre, sí, lo era; y el sobrino había tenido, sin duda, su poema amoroso con aquella mujer, sin atreverse á santificarlo imbuido por su filosofía negativa en que seca, dura, desapiadadamente condenaba el matrimonio. Aquel sobrino, hijo de un hermano, había sido todo su mundo familiar. Murió víctima de los sentimientos letales con que él, solterón implacable, le envenenara todo el ser. Ahora lo veía claro; descifraba el misterio de aquella muerte tan honda, tan incomprensible.

Cuando de nuevo vió á la viuda, D. Cosme cogió al niño, comióselo á caricias, jugó con él como si se tratara de un nieto. La madre mirábale hacer mohina, muda.

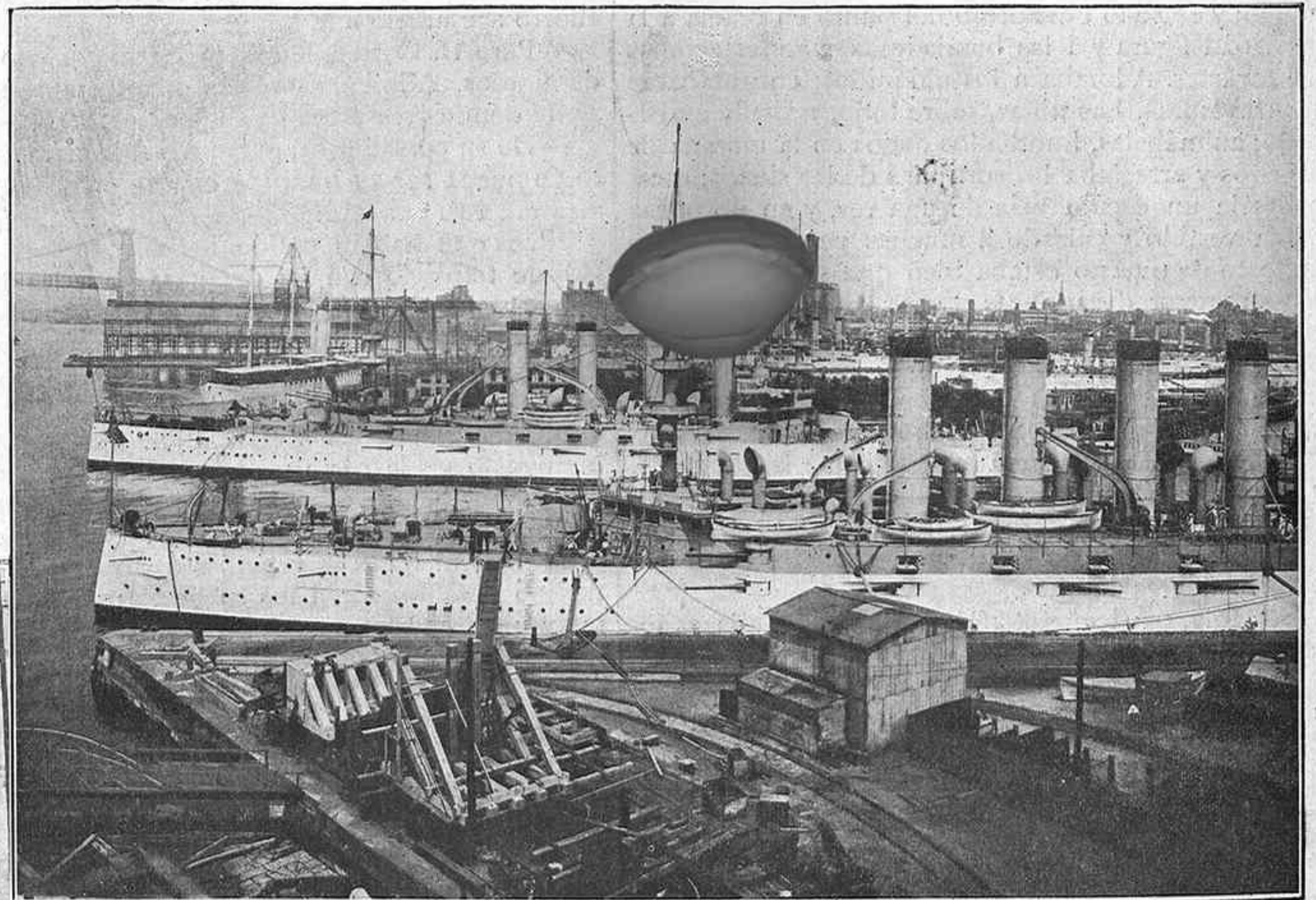
—Hija mía, exclamó por fin Irrutiegui, usted me dispensará que la llame así, y sobre dispensarme esto, ha de añadirme el señalado favor de ser franca conmigo; comprenderá usted al cabo mis palabras. ¿El padre de este niño es Irrutiegui?

Vergonzosa, sugestionada por la extrema bondad del viejo, contestó la joven:

—Carlos, sí... ¿Lo sabe usted? ¿Conocía usted á Carlos?

—Y este niño..., ¿este niño no se llama Irrutiegui!

—Se llama Carlos.



VISTA GENERAL DEL ARSENAL DE NUEVA YORK CON LAS PRINCIPALES UNIDADES DE GUERRA QUE ACTUALMENTE SE DISPONEN Á MARCHAR AL PACÍFICO.

—Pues Carlos Irrutiegui era hijo de mi hermano. Muerto no puede dar el apellido, pero el niño es heredero del nombre y de mi fortuna, como él... ¿Quiere usted aceptarme por marido? Le juro que no seré para usted casado, sino el padre de mi sobrino y el abuelo de su hijo. Déme usted esa satisfacción y la daremos juntos á Dios, al muerto, á la sociedad.

Y así fué cómo aquel hombre que había pasado lo más dulce y florido renegando del amor, condenando el amor, consumó su generosa apostasía; tremenda apostasía que hizo guñar los ojos á más de un malicioso petimetre y arrancarle, con familiares palmaditas dadas sobre el viejo, este apóstrofe envenenado, injusto:

—¡Pillín!

J. F. LUJÁN.

JUAN CARDONA

Forma parte Juan Cardona de ese grupo de artistas españoles que allá en la capital de la vecina nación han logrado, sin otros elementos que su inteligente esfuerzo, abrirse paso y alcanzar alguna notoriedad.

Discípulo aventajado de un artista de reconocidos merecimientos, cual los posee nuestro amigo Juan Baixas, el afán de ampliar sus estudios y el plausible deseo de conocer las capitales producciones de esos pintores que figuran á la cabeza de la moderna evolución, aconsejóle trasladarse á París, y allí halló ancho campo en donde satisfacer sus nobles aspiraciones. Difícil y penosa fué la labor emprendida durante el primer período de su residencia; mas su perseverancia, su laboriosidad y singularmente sus especialísimas condiciones permitiéronle darse á conocer y que en breve las publicaciones ilustradas más importantes interesaran su colaboración. En este caso hállanse *La vie illustrée*, *L'indiscret*, *Gil Blas*, *Jugend*, etc., etc., en cuyas páginas pueden admirarse los hermosos é intencionados dibujos del artista catalán, sin que esta clase de trabajos le impidieran dedicarse con provecho al cultivo de la pintura y al estudio, según lo demuestra el hecho de haber tomado parte activa en diversas Exposiciones, así las celebradas en París como en Niza, Munich, Gante, etc., obteniendo en algunas de ellas señaladas recompensas y adquiridas sus obras para figurar en los Museos públicos ó en las galerías de los particulares.

La tendencia, la escuela en que milita nuestro distinguido compatriota, revélanla el concepto que informa las notables obras que tenemos ocasión de reproducir en estas páginas, una de ellas hermoso cuadro de costumbres españolas, *El vendedor de sorbetes*, expuesta actualmente en el Salón de París, en donde



Paquita, cuadro de Juan Cardona, adquirido por el Estado francés para el Museo de Niza

ha llamado la atención de los inteligentes, y las tituladas *Antes de la fiesta* y *Paquita*, á las que ha cabi-

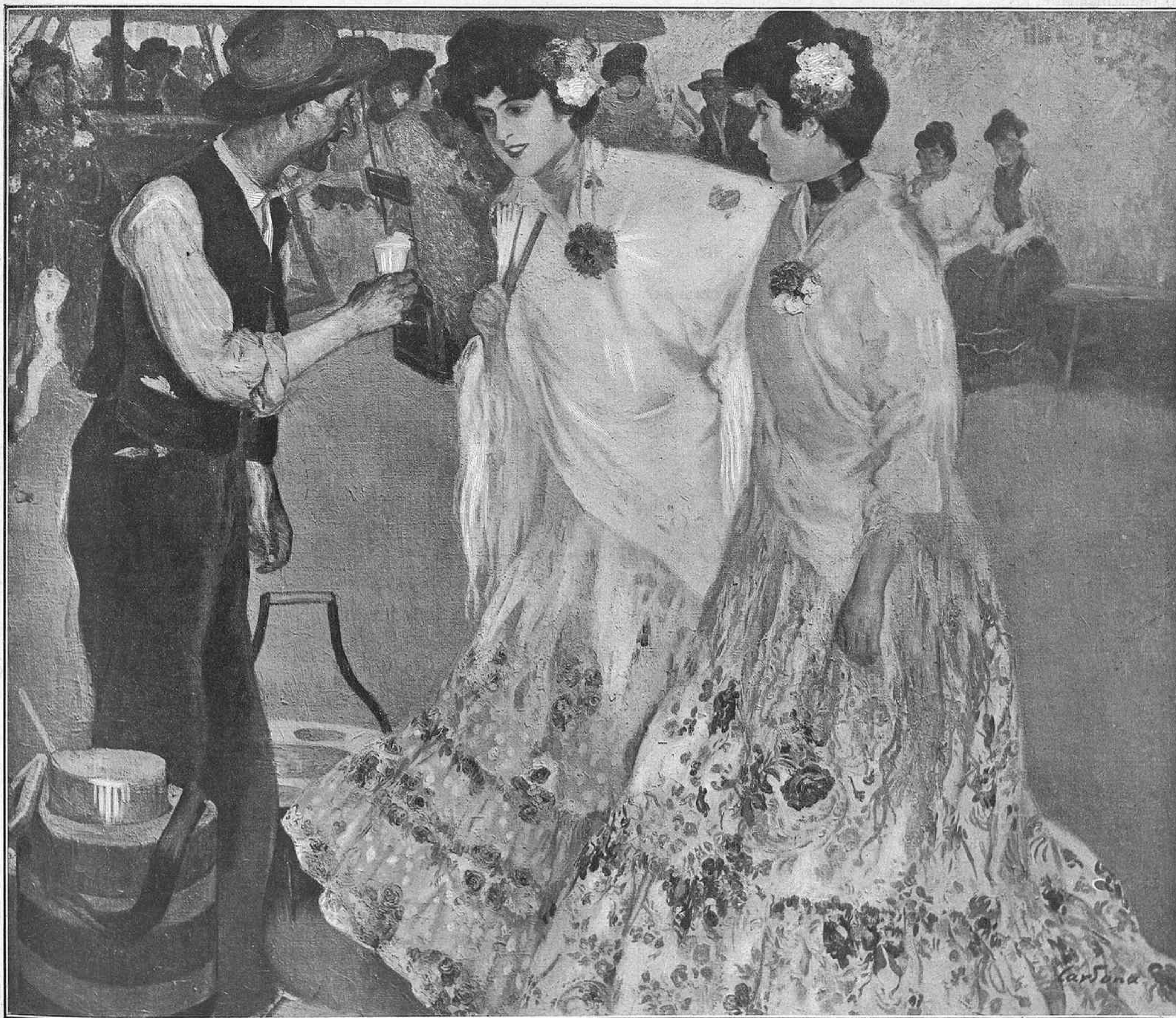
do la suerte y á su autor la alta distinción de ser adquiridas por el Estado para figurar respectivamente en los Museos del Luxemburgo y de Niza.

Si la modestia no fuera una de las cualidades que enaltecen á Juan Cardona, bien pudiera envanecerse por tan repetidos y señalados triunfos; mas atento á recorrer el camino que se trazara, prosigue juiciosamente su marcha, y sin dudas ni vacilaciones estudia, trabaja y produce, ofreciendo esos preciosos tipos españoles, ajustados á la verdad, desprovistos de censurables convencionalismos, avalorados por ese sello de elegancia y distinción que tanto cautiva y embelena, de suerte que en esas graciosas andaluzas, en esas encantadoras jóvenes, gala de nuestras provincias meridionales, no se trasluce ni presiente la procaacidad de la chula, ni la mezquindad de la gitana, por más que vistan sus rameados percales, se cubran con pañuelos de flecos y adornen las flores sus abundos y negros cabellos.

Aparte de las circunstancias que mencionamos, que atestiguan el buen criterio y buen gusto del artista, llama la atención, constituyendo en cierto modo la característica de sus obras por lo que atañe al procedimiento, la simplicidad en la ejecución y la seguridad en los trazos, que asignan á la obra cierta espontaneidad y amplitud que contribuye á hacerlas más simpáticas y recomendables.

Dispuestos siempre á enaltecer el mérito, no hemos titubeado en dar á conocer á nuestros lectores algunas obras de Juan Cardona y consignar las apreciaciones que anteceden, con mayor motivo cuando creemos firmemente que es uno de los pintores que contribuye con su esfuerzo á sostener el buen nombre del arte de nuestro país y que está llamado á figurar en el número de los escogidos.

A. GARCÍA LLANSÓ.



Vendedor de sorbetes en España, cuadro de Juan Cardona. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1907.)



EL VERDADERO PELIGRO AMARILLO

Hace tres años se hubiera tenido por un *chiflado* al publicista que hablara de ese peligro; hoy ya no sucede eso, y por todas partes reinan cierta intranquilidad y cierto temor.

La Australia se propone crear una escuadra, porque sus habitantes se dan cuenta de que se hallan á merced del Japón; California resiste con tenacidad á los apremios del gobierno federal y está resuelta á arrojar á los japoneses de su seno; los comerciantes chinos, molestos por lo que ellos llaman injusto trato de los americanos, han empleado contra ellos y con gran éxito el arma terrible del *boycotage* comercial; los Estados Unidos aumentan su marina en el Pacífico; Formosa, en gran parte, ha quedado cerrada para los comerciantes blancos, y Corea se les va también cerrando paulatinamente; los efectos japoneses entran en la Mandchuria en condiciones favorables que no pueden obtener los de los europeos.

El dominio del Pacífico va pasando á manos de los japoneses, cuyos buques mercantes rivalizan con los ingleses en varias líneas. China ha lanzado el grito de «China para los chinos» en el sentido de no hacer más concesiones á europeos ni americanos; y mientras en casi todas las naciones de raza blanca decrece con rapidez la proporcionalidad de los nacimientos, así ésta como el término medio de la vida aumentan de una manera asombrosa entre chinos y japoneses.

Los mogoles, durante siglos, no han podido aumentar en población á causa

de las epidemias, la ignorancia y la superstición; el médico chino de antes aprendía su profesión reco-

ciosos resultados ha producido en el Japón, á saber, la introducción de los métodos médicos del Occidente, principia á darlos en China. Hoy tiene ésta 440 millones de habitantes, que sumados á los del Japón y Corea, forman un total de 500 millones. Si siguen aumentando en la misma proporción, antes de que una generación desaparezca habrán añadido otros 80 ó 100 millones más.

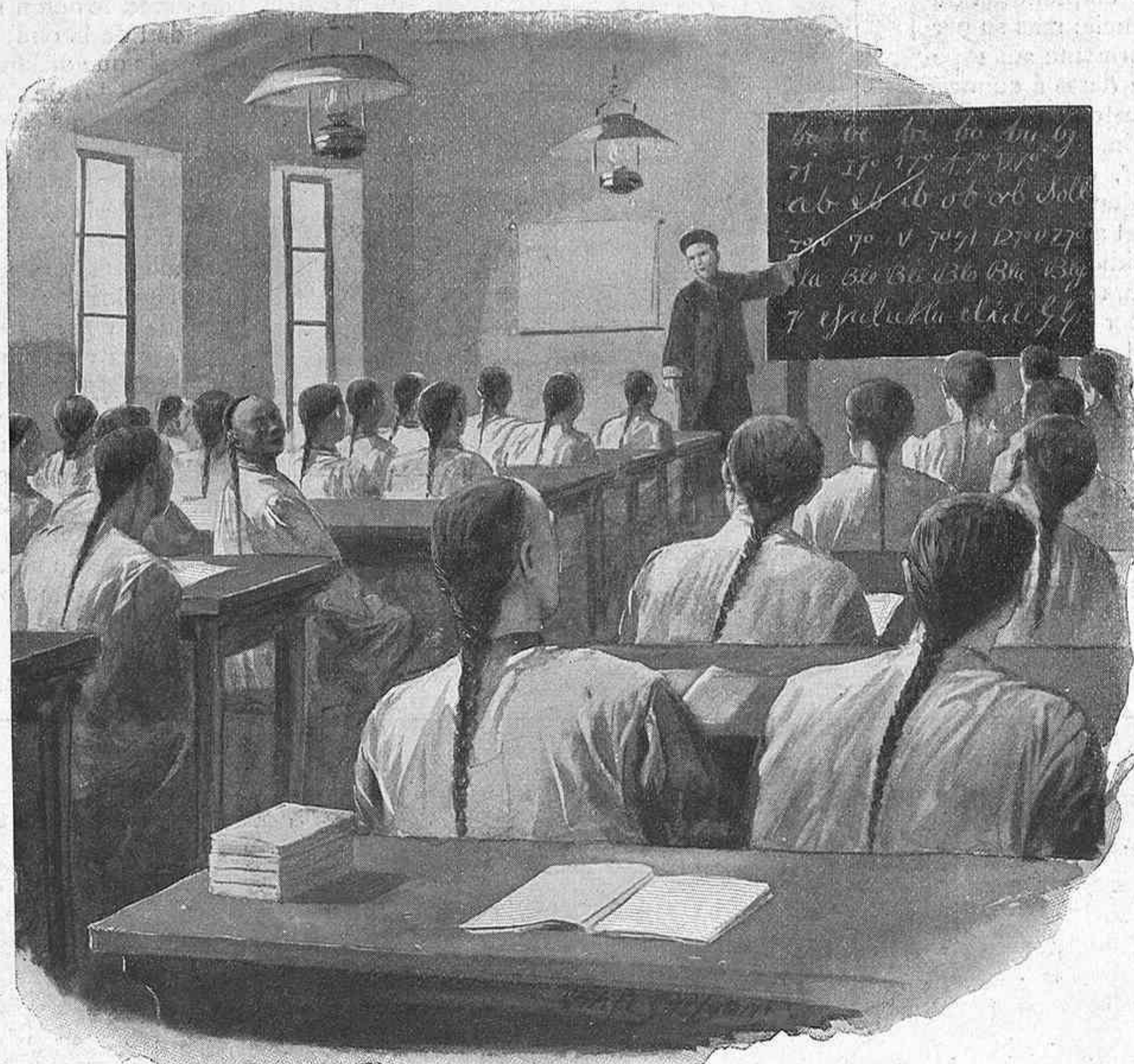
Esa superabundancia de población necesita una salida. El Japón ya tiene exceso de población y ese exceso ha sido en gran parte causa de que violara sus solemnes compromisos anexionándose la Corea. Pero cuando ésta rebose de japoneses y se hayan apoderado de la Manchuria, ¿qué ocurrirá?

Detrás de la expansión de la raza viene el crecimiento de su poderío militar. El Japón está empleando todos sus recursos en aumentar su ejército y su marina.

En la actualidad tiene la escuadra más potente que hay en el Pacífico y en nada son sus marinos inferiores á los de otras naciones.

La caballería, que era el arma más deficiente que tenían los japoneses, está sufriendo una transformación; la artillería se renueva á toda prisa. Cuatro divisiones han venido este año á aumentar el ejército y la adopción del servicio de dos años aumentará en un 50 por 100 el efectivo de las reservas de infantería.

No hay necesidad de hablar del indomable valor del soldado japonés, que ha demostrado ser uno de



LA INSTRUCCIÓN MILITAR EN CHINA. - Los cadetes aprendiendo el inglés

riendo los campos y consultando las estrellas y nada sabía de anatomía ni de fisiología.

Sus remedios consistían en estrambóticas y repugnantes mezcolanzas, confiando para lograr la curación en dos refulsivos: un emplastro negro y las punciones. Nada entendía de asepsia ni de cirugía interna; no tenía armas con que combatir las epidemias ni las enfermedades graves. También sucedía eso, aunque en época más atrasada, en el Japón, pero hace tiempo se puso á ello remedio. Ahora está China principiando á ponerlo, y el médico moderno chino frecuenta los hospitales en vez de pasearse por los bosques.



Antiguo sistema penitenciario chino

En veinticinco años la población del Japón se ha elevado de 36 á 48 millones de almas, lo que representa un aumento de un 25 por 100. Además, gran número de japoneses se han desparramado por todas las costas del Pacífico. En Honolulu aventajan á todas las demás naciones; en Corea hay 130.000; comienzan á invadir la China, y en Mandchuria cada día se les encuentra en mayor número. Mientras entre nosotros se habla del suicidio de razas, entre los japoneses se considera infamado el que no tiene un hijo. Desde la Australia occidental á Madagascar, desde la Luisiana á la Siberia, van fundándose continuamente nuevas colonias japonesas.

La misma causa que tan evidentes y benefi-

ción del servicio de dos años aumentará en un 50 por 100 el efectivo de las reservas de infantería.

No hay necesidad de hablar del indomable valor del soldado japonés, que ha demostrado ser uno de

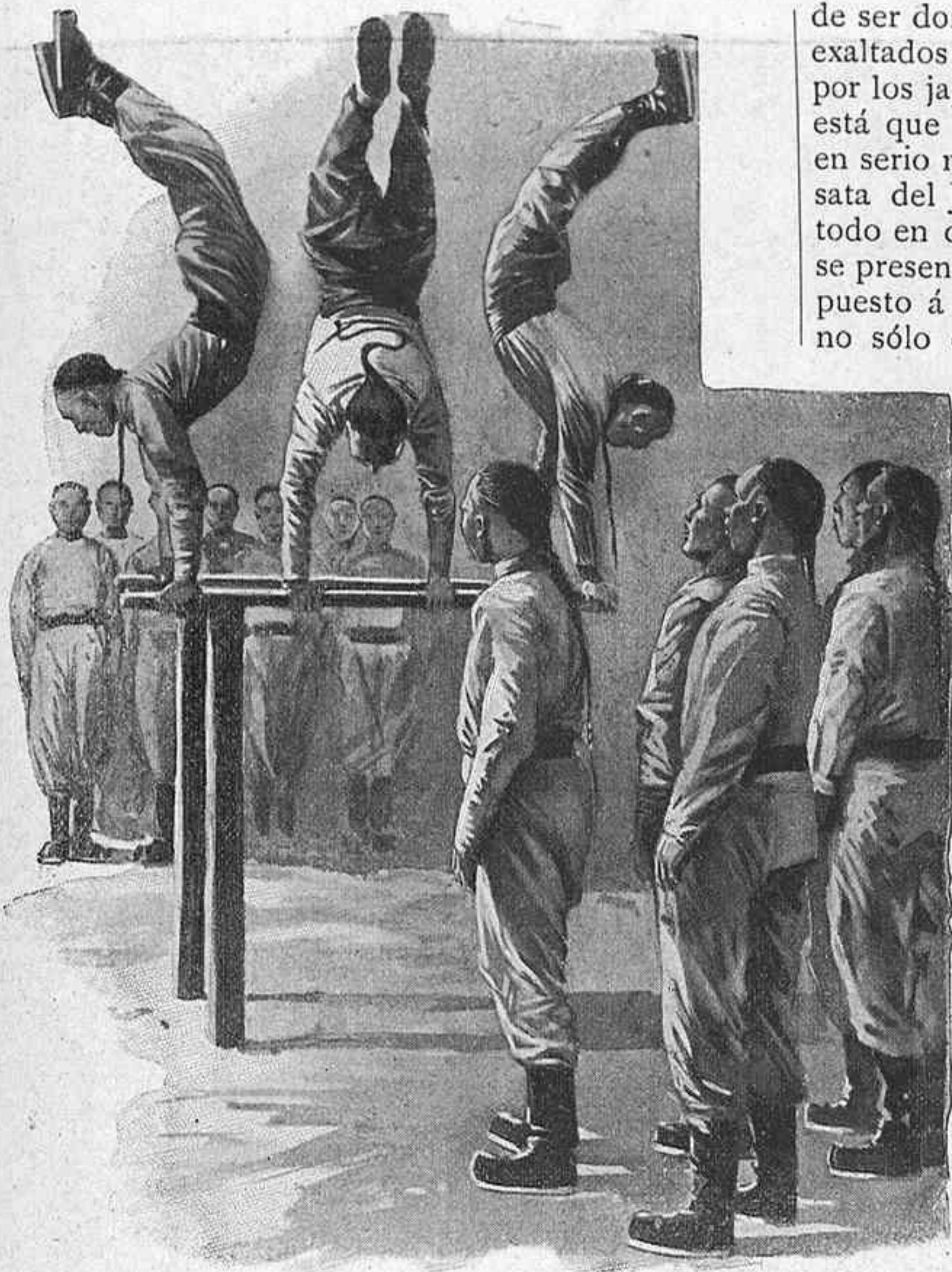


Oficial y soldados de la infantería china en la actualidad

los mejores del mundo. La nación que ha dado el ser á los héroes que atacaron á Port Arthur y que arrasaron cuanto se les puso por delante en los cam-



Sistema penitenciario chino en la actualidad



Los ejercicios corporales son en la actualidad parte muy importante de la instrucción del soldado chino

de ser dominados por la raza amarilla. Afirman esos exaltados que estaremos mucho mejor gobernados por los japoneses de lo que lo estamos hoy día. Claro está que semejantes desplantes no han de tomarse en serio ni representan ellos la opinión pública sensata del Japón, mas no por esto deben echarse del todo en olvido. Las cosas suceden cuando para ello se presenta una ocasión favorable; un ejército chino puesto á disposición del Japón podría hacer á éste, no sólo dueño del mar Pacífico, sino del mundo entero.

La primera lucha que ha de entablarse por la supremacía de razas, lo será en el terreno comercial. Los japoneses hasta ahora han sido más bien un pueblo guerrero que mercantil. Al negociante se le tenía en poco entre ellos, al paso que se enaltecía al combatiente. Hasta cierto punto eso sucede todavía, pero los nipones se van dedicando cada día más al comercio. En estos últimos años, principalmente después de la guerra con Rusia, el Japón se ha conquistado una respetable posición industrial. La escuadra con que venció á los rusos fué casi toda ella construída en astilleros ingleses; la nueva lo será toda en los del Japón.

Hace pocos meses visité el magnífico astillero de Kawasaki, en Kobe; vi allí muchos buques en construcción, algunos casi terminados; pregunté qué barcos eran aquellos y me contestaron que eran los de la nueva escuadra china. Cuatro años hace los hubieran encargado á los astilleros del Tyne ó del Clyde; ahora es el Japón quien los hace, como los hace también para otros países.

nés puede, para fomentar su comercio, tomar dinero del gobierno á un interés módico, pues éste está siempre dispuesto á ayudar á las empresas mercantiles y en forma tal, que nada es en comparación la protección que el gobierno alemán dispensa á sus naturales.

El extranjero que trate de establecerse en el Japón se ve muy contrariado por las muchas leyes que en su contra se han promulgado: no puede adquirir terrenos ni dedicarse á determinadas industrias, y se halla sometido á tribunales que siempre han sido tildados por su parcialidad en favor de sus compatriotas.

Pero la competencia comercial de los japoneses nada significa comparada con la que habrá de sostenerse con los chinos. El japonés es tan sólo un *amateur* del comercio; el chino es el comerciante más listo del mundo. En todo el valle del Yantszé se están estableciendo fábricas, y el día que éstas tomen carta de naturaleza en China, el obrero blanco se verá obligado á sostener una lucha por la existencia más encarnizada que nunca.

La China es hoy el pueblo que construye más ferrocarriles. La deformación de los pies, ese tormento y martirio de sus mujeres, ha sido abolido por ellas mismas; y se está combatiendo virilmente la plaga del opio, que parecía iba á sumergir esa nación en un sueño de aniquilamiento y muerte.

No soy yo de los que están dispuestos á burlarse del peligro amarillo; tampoco soy de los que creen que nada puede intentarse para hacer frente á esas nuevas potencias que ahora surgen. A nosotros nos toca precavernos; debemos ser los directores de esos pueblos que se engrandecen á orillas del Pacífico, y lo seremos, si sabemos estar á la altura que las circunstancias requieren. A nosotros nos corresponde ver el modo de que los pueblos amarillos se pongan al nivel de los más adelantados, y que su desarrollo y progreso sean compatibles con la paz y la prosperidad del resto del mundo

F. A. MAC KENZIE.

pos de Mukden y de Liaoyang, tiene bien probada su virilidad. Si los generales japoneses no correspondieron en la dirección de la pasada guerra á la excelencia de las tropas, ya se harán todos los esfuerzos posibles para que tal cosa no vuelva á suceder.

China es la nación más poblada de la tierra. De cuatro hombres uno es chino; sobra allí gente para poblar de nuevo las islas británicas. Alentada por el ejemplo del Japón principia á imitarlo en la parte militar.

El chino no es por naturaleza soldado; así como el japonés ama la lucha por la lucha, tiene un espíritu indomable, un absoluto desprecio de la muerte y mucha ambición, el chino, por el contrario, más tiene de comerciante que de guerrero. Sin embargo, más de una vez han demostrado que se puede hacer de ellos buenos soldados.

Los naturales de Shantung son de alta estatura, muy bien constituidos y muy resistentes; carecen de nervios, viven tan sobriamente que consideran el arroz como artículo de lujo; su alimento ordinario es el mijo, semilla que á primera vista parece que sólo ha de servir para los pájaros. Hoy la China está tratando con bastante buen resultado de convertir á esos hombres en soldados.

El ejército chino moderno viste de *khaki* en verano, de sarga de seda en invierno; está bien alojado, vestido, armado y alimentado; usa fusiles de repetición de los últimos modelos y su artillería procede de las fundiciones de Armstrong, Krup y Schneider-Canet. Sus oficiales se educan conforme al sistema de las escuelas militares de Alemania y las clases de tropa reciben también una instrucción muy completa.

El ejército en la actualidad acantonado en Chi-li cuenta 60.000 hombres; en muy pocos años tendrá 100.000 y una reserva de otros 250.000. Ejércitos semejantes se han organizado también en otras partes de China y los escritores militares ven próximo el tiempo en que el ejército chino se contará por millones. Si sólo se necesitaran hombres para formarlos, China, dentro de cinco años, podría tener uno de diez millones.

No me parece probable que eso suceda, pero en cuestión de seis años puede organizar uno de millón y medio entre activo y reservas.

Si ese ejército estuviera sólo mandado por chinos, no creo que fuese mucho de temer, porque sería únicamente un arma defensiva destinada á poner coto á los proyectos de explotación que hasta hace poco tiempo se forjaban; pero otra cosa sería si se pusiera á disposición de una nación ambiciosa.

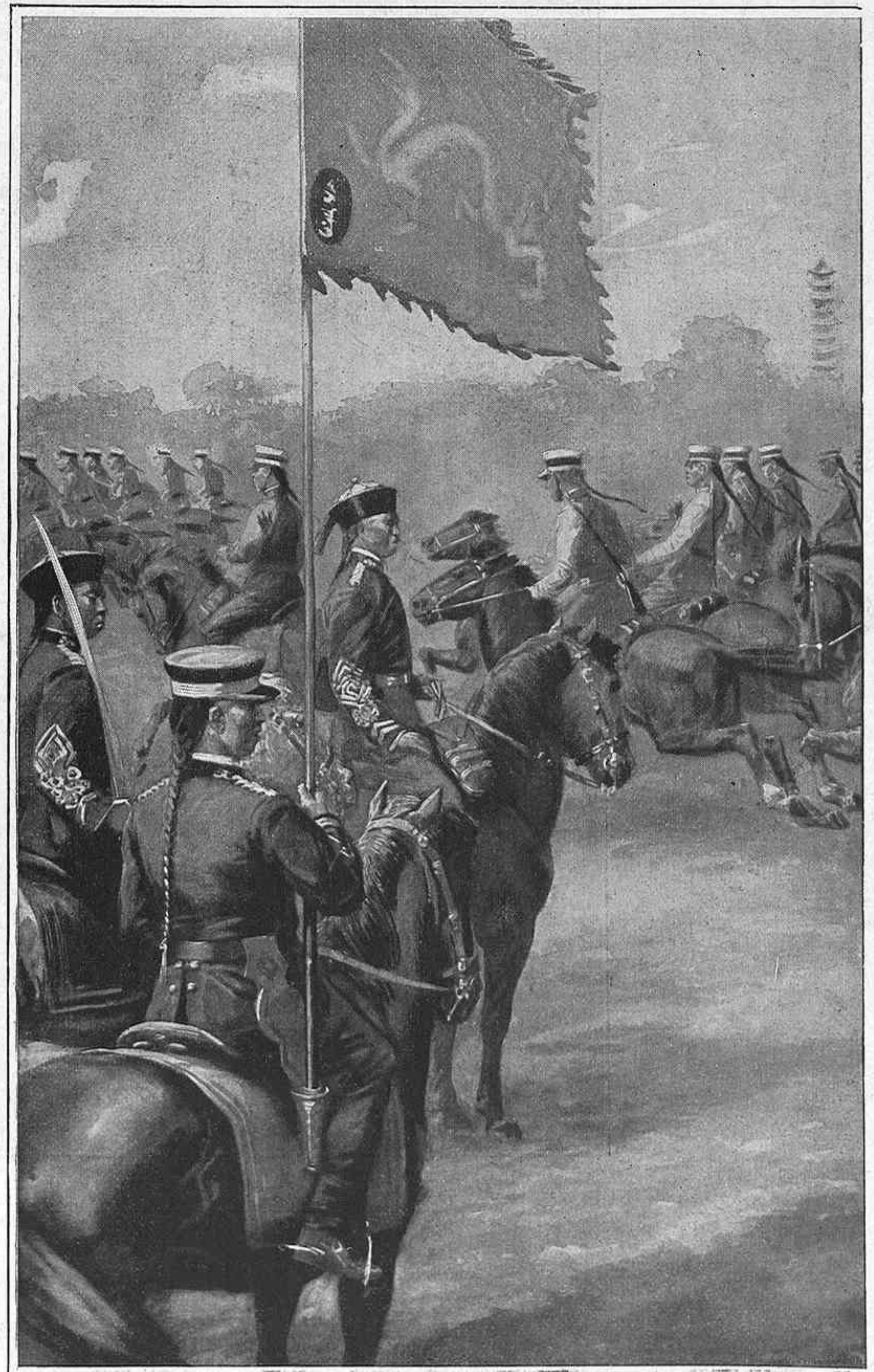
Ya hablan públicamente los japoneses exaltados del tiempo en que habrá un ejército chino de diez millones de soldados mandados por oficiales nipones y en que se decidirán á traernos á Europa la dicha

Esta nación será muy pronto una gran constructora de buques; ya los construye de cerca de 20.000 toneladas, y no tan sólo de guerra, sino también mercantes. En todas las costas del Pacífico se encuentran puertos donde siete años la mayoría de los barcos que entraban eran ingleses; hoy son japoneses.

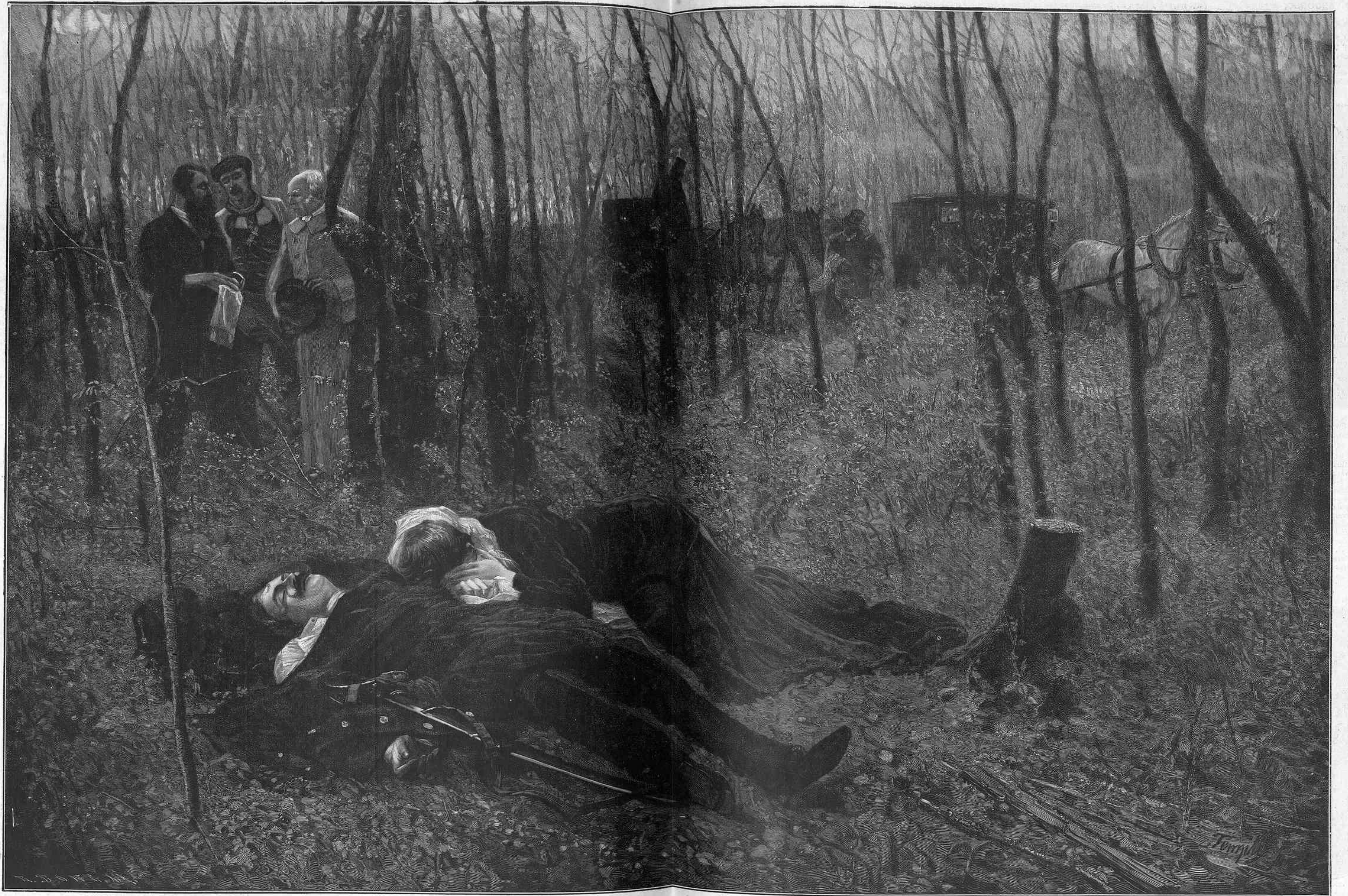
Este pueblo comienza á manufacturar el algodón en muy grande escala. El fabricante japonés no se ve coartado por leyes humanitarias, así es que con ligeras restricciones utiliza el trabajo de los niños. Las fábricas japonesas emplean actualmente gran número de mujeres, que ganan al día poco más de cincuenta céntimos y á las que ayudan niños, que tienen un jornal de diez hasta treinta céntimos. Los hombres ganan por término medio 1'80 pesetas.

Las fábricas funcionan noche y día para poder dar abasto á los pedidos que les hacen las nuevas posesiones del Japón. Tienen tarifas especiales para los efectos que mandan á Mandchuria; durante todo el año pasado han podido disponer libremente del puerto de Dalny sin pagar nada, al paso que los artículos ingleses han tenido que pasar por Newchwang, aumentando su coste con los derechos de aduanas.

El exportador japo-



General chino con su estado mayor revistando la caballería



DESPUÉS DEL DESAFÍO, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE B. TEMPLE, grabado por Ricardo Bong

Innecesaria es la explicación de este cuadro; el pintor ha puesto en él todos los elementos de comprensión precisos para que quien lo contemple pueda, sin esfuerzo alguno, adivinar las escenas de ese drama cuyo epílogo nos presenta de modo tan admirable la composición pictórica: el cadáver tendido en el suelo, la mujer que solloza sobre aquel cuerpo inanimado, los personajes secundarios, los dos coches que se ven en el fondo, son datos más que suficientes para reconstruir con ellos lo que el notable pintor alemán ha sintetizado en ese lienzo.

INÉS YANGONGO,

ASESINADA Y DEVORADA POR LOS PAMUES DEL RÍO MUNI

En los primeros días del pasado mes de mayo internóse, siguiendo las riberas del Utongo, afluente del río Muni, la desgraciada corisqueña Inés Yangongo, que desde hacía algunos años hallábase al servicio de nuestro amigo D. Joaquín Torruella en calidad de intérprete, con el objeto de contratar braceros para la vecina colonia de Fernando Póo, al igual de



INÉS YANGONGO, ASESNADA Y DEVORADA POR LOS PAMUES DEL RÍO MUNI

lo practicado con singular acierto en otras ocasiones, ignorando el propósito que en aquellos momentos animaba á los pamues de la familia Gama, de vengar á uno de sus individuos, que conducido preso á Santa Isabel murió en la cárcel, desconociéndose la causa de su fallecimiento. Mas al penetrar en uno de los poblados, tranquila y confiada, y al enterarse los pamues del objeto de su viaje y de proceder de Fernando Póo, sin darle tiempo para sincerarse acribilláronla á machetazos después de ensañarse, arrancáronle el corazón y las entrañas, que devoraron profiriendo aullidos de venganza.

Inés Yangongo, que poseía los idiomas español, francés é inglés y los dialectos bubí, benga, buxeba, corisqueño y balenga, había prestado señalados servicios á la colonia de Fernando Póo, dando muestras de su inteligencia y de su afecto á España, siendo por lo tanto más de lamentar este desgraciado fin de esta nueva víctima de la barbarie.



EL CAÍD MAC LEÁN, Á QUIEN EL RAISULI HA HECHO PRISIONERO RECIENTEMENTE. (De fotografía.)

EL CAÍD MAC LEÁN

Este importante personaje, favorito del sultán de Marruecos, ha sido hecho prisionero por el Raisuli, y este suceso, ya de sí gravísimo, reviste mayor gravedad por las circunstancias en que ha sido realizado.

El caíd Mac Leán había celebrado hace poco una entrevista con el Raisuli para lograr la reconciliación de éste con el

Makhzén; pero no habiendo dado sus gestiones buen resultado, regresó á Fez á fin de comunicar las exigencias del jefe insurrecto y recibir nuevas instrucciones.

En esto, emprendiéronse algunas operaciones militares contra el Raisuli; pero muy pronto se reanudaron las negociaciones, y de nuevo fué Mac Leán el encargado de avistarse con aquél, siendo esta vez portador del perdón del sultán y de varios regalos valiosísimos, entre ellos tiendas de campaña lujosísimas y caballos ricamente enjaezados.

La entrevista se efectuó en Ruina y el emisario del sultán fué amablemente recibido por el rebelde; pero éste, después de haberse hecho cargo de los presentes que en nombre del soberano se le ofrecían, retuvo prisionero al embajador y ha exigido por el rescate la reconstrucción de su casa de Zinat, destruída durante las recientes operaciones de la mehalla de El Guebas, la entrega de 100.000 duros en dinero y el nombramiento de gobernador de Tánger y de la región de los Fahs y de jefe de la policía.

Mac Leán ha sido víctima de su exceso de confianza: en efecto, cuando, acompañado de una fuerte escolta, llegó al lugar convenido para la entrevista, dijéronle los secuaces del Raisuli que éste no recibiría las cartas del sultán sino de sus propias manos y con la condición de que sólo le acompañasen cuatro hombres. El caíd aceptó estas condiciones y se encaminó al campamento de Elkmés, en donde el Raisuli se apoderó de él por sorpresa y en donde le tiene preso actualmente.

La captura de Mac Leán ha producido gran impresión, y como se trata de un súbdito inglés, pues el caíd, aunque al servicio de Abdulaziz desde hace muchos años, ha conservado su nacionalidad inglesa, es de suponer que la hazaña del célebre bandolero no quedará impune y tal vez será de trascendentales consecuencias para el imperio marroquí.

CARRERA AUTOMOVILISTA PEKÍN-PARÍS

(Véase el grabado de la página 476.)

Esta carrera, organizada por el diario parisiense *Le Matin*, constituye indudablemente el *tour de force* más grande del deporte automovilista, no sólo por la extensión del trayecto, sino también por las dificultades enormes que para unas máquinas tan delicadas como los automóviles ofrecen los caminos que éstos han tenido que recorrer.

De aquí el interés grandísimo que entre los profesionales y aficionados ha despertado esa prueba, no terminada todavía, y de aquí también el escaso número de los que en ella han tomado parte. Cinco vehículos solamente se han atrevido á intentarla: dos Dion-Boutón (franceses), dirigidos por Cormier y Collignon respectivamente; un mototri Contal (francés), montado por Pons; un Itala (italiano) y un Spyker (holandés), conducidos por el príncipe Escipión Borghese y por Godard.

La salida se efectuó en la mañana del 10 de junio último, entre los acordes de la banda de cornetas de la legación de Francia y de la música del regimiento 16.º colonial francés, que fué allí expresamente desde Tien-Tsin, y acudieron á presenciársela el cuerpo diplomático, la guarnición, los individuos de las colonias europeas y una muchedumbre inmensa de indígenas.

Las primeras etapas han sido difícilísimas y en algunos sitios los vehículos hubieron de ser arrastrados por caballos, pues el suelo, convertido en barrizal intransitable á consecuencia de copiosas y recientes lluvias, les impedía avanzar por su solo esfuerzo. Horribles han sido también las dificultades que han debido vencer los concursantes para atravesar la triple masa de montañas que se alzan entre Pekín y el desierto de Gobi. Afortunadamente para aquéllos y gracias á las acertadas disposiciones adoptadas por el gobierno chino, en todas partes han hallado excelente acogida, y en vez de la hostilidad de que se temía fueran objeto, se han visto ayudados, así por las autoridades como por el pueblo indígenas.

En la actualidad los automóviles, después de haber salvado la parte más comprometida de la carrera, recorren las estepas de Siberia; pronto, pues, podrá saberse el día de su llegada á París, en donde se les prepara un gran recibimiento.

CONFLICTO YANQUI-JAPONÉS

(Véanse los grabados de la página 476.)

Desde que el Estado de California adoptó severas medidas contra los japoneses allí residentes, constituyéndolos en una situación de inferioridad excepcional é injusta, las relaciones entre los Estados Unidos y el Japón han llegado á un grado de tirantez que, en algunos momentos, ha podido hacer temer que entre ambas naciones estallara un grave conflicto.

Esos temores han aumentado á consecuencia de la reciente disposición del gobierno yanqui de enviar 16 acorazados al Pacífico, disposición en la cual se ha querido ver una amenaza ó cuando menos un acto de hostilidad contra la nación nipona.

Inútil es decir que en esta, como en circunstancias análogas han hecho otros Estados, la república norte-americana ha protestado en todos los tonos de sus intenciones pacíficas y ha explicado de un modo al parecer satisfactorio la resolución que tanta alarma ha producido, haciendo notar que el envío de la escuadra yanqui al Pacífico en las actuales circunstancias es una prueba fehaciente de que las negociaciones entre los gabinetes de Washington y de Tokio van por buen camino, puesto que de lo contrario no se ordenaría la realización de una demostración naval que pudiera comprometer el buen éxito de las mismas.

Por otra parte, el almirante Yamamoto, ministro de Marina del Japón, que llegó hace pocos días de Nueva York, ha hecho manifestaciones pacíficas y ha declarado que entre ambos países existen las relaciones más amistosas. Es más: en el discurso pronunciado en el banquete con que le obsequió la sociedad japonesa de aquella capital expresó sus simpatías por los norteamericanos y el convencimiento de que incidentes sin importancia no quebrantarán la amistad que desde hace cincuenta años une á ambas naciones; y en el almuerzo que le ofreció en Oster Bay el presidente Roosevelt, puso también de manifiesto estos sentimientos.

En cambio, un periódico japonés, órgano del marqués Ito, se hace eco del disgusto y de la inquietud que ha causado en el Japón la noticia de la concentración de la escuadra yanqui en el Pacífico.

De todos modos, la situación no se presenta clara ni tranquilizadora y los pesimistas hallan en ella elementos suficientes para predecir graves sucesos.

BORDADO ARTÍSTICO

Con destino á la Exposición de trabajos de la mujer que en breve ha de celebrarse en Melbourne (Australia), la distinguida profesora barcelonesa y colaboradora del «Consultor del bordado» que se publica en Barcelona, ha ejecutado el bordado que el grabado adjunto reproduce.

Esta obra, que bien merece ser calificada de modelo en su género, está hecha con algodón blanco, al realce; el dibujo es elegante y de gusto exquisito, y el bordado es una maravilla de ejecución, habiendo la bordadora conservado en él con habilidad suma todas las líneas é indicado todos los relieves.



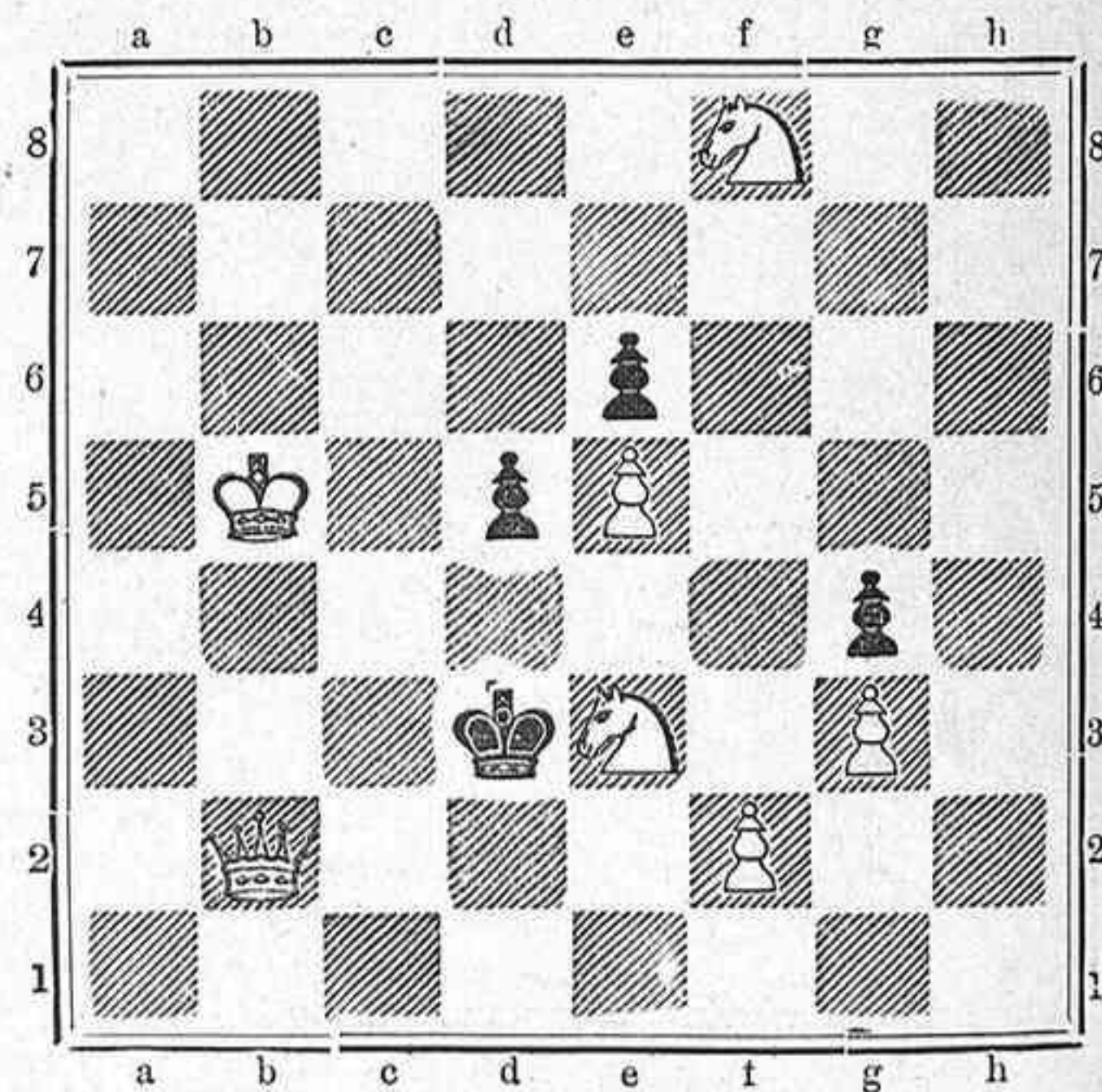
Bordado artístico ejecutado á mano por D.ª LEONOR CAPDEVILA, profesora de Barcelona, y destinado á la Exposición de Melbourne (Australia).

No dudamos de que el trabajo de la Sra. Capdevila llamará poderosamente la atención en la exposición á que está destinado, y á los elogios que la autora ha recibido de cuantos han admirado su obra unimos los nuestros más sinceros.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 470, POR V. MARÍN.

NEGRAS (4 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 469, POR V. MARÍN

- | | |
|----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. e4-e5 | 1. Cualquiera. |
| 2. D ó T mate. | |

BOUQUET FARNESE VIOLET 20, 25 des 111/115.

EL MARIDO DE AURETTE

SEGUNDA PARTE DE «AURETTE»

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.—ILUSTRACIONES DE GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)



Villandr  la escuchaba en silencio con los ojos mirando al suelo.

Acerc base, sin embargo, el domingo y   pesar de sus vacilaciones sent ase moralmente obligada   no retrasar más el relato de lo sucedido, que, después de todo, era muy sencillo, como se repetía   sí misma para animarse, cuando la Providencia se puso visiblemente de su parte. Julia di    luz un niño, algunos días antes de lo que se esperaba, y nadie se ocupaba más que de la madre y del recién nacido. El anuncio de la boda de Lucila fué la primera noticia que se comunicó   Julia cuando ésta pudo pensar en lo que por el mundo ocurría, y Aurette, al explicar que el Sr. Villandr  cedía   su hermana su parte de patrimonio, no tuvo necesidad de contarle cómo se había obtenido este resultado.

Cre ase, pues, libre de toda preocupación sobre este particular, tanto más cuanto que Lucila nada había añadido   lo poco que el primer día le dijera, lo que hacía que Aurette se preguntase   veces si el Sr. Villandr  habría dado cuenta   su hermana de su entrevista. Sin embargo,  qu  cosa más natural que referirle en seguida lo que había pasado entre los dos! Si no lo había hecho,  por qué sería? Y si lo había hecho,  por qué Lucila no hablaba de ello?

En cuanto   ella, nada más indicado que revelar   la joven las circunstancias en que se había realizado un acto tan generoso y de qué modo el Sr. Villandr , que no pensaba en ello la víspera, se había desposeído de los únicos bienes que tenía. Lucila era tan discreta, que la señorita Leniel no sabía si estaba enterada   no de su visita al joven profesor.

En la duda, resolvió hacer lo que los demás, callarse.

Todo parecía favorecer su intento de sepultar en el olvido ese punto de su historia, cuando una mañana llegó al Nido el Sr. Rozel, el cual, después de haber hecho sus visitas   pie con un sol de mayo que alegraba hasta las piedras de las viejas murallas, asom  su bondadoso rostro por entre las glicinas en el momento en que Aurette menos lo esperaba.

Qued se la joven tan sorprendida, que se levantó y estuvo   punto de lanzar un grito; el libro que le a se le cayó de las manos y el doctor lo recog o.

—S , respondió la joven seren ndose. El hecho es que usted me ha... no dir  que dado miedo, pero sí sorprendido. Como nunca viene nadie por la terraza...

—Precisamente porque quería sorprenderte he venido por aquí.  Qu  leñas?

—*Pescador de Islandia*, de Loti, uno de los libros más hermosos que he leído.

—Soy de tu misma opinión.  Y en qué fundas tu juicio?

—No lo s ; hay algo tan humano y al propio tiempo tan misterioso en ese prolongado y silencioso amor...

—La verdad es que en nuestra sociedad los amores silenciosos y prolongados no son cosa que se encuentre   cada paso. Esto no obstante, se han visto algunos... Y   propósito, dime, Aurette,  con qué golpe de varita mágica has arreglado el matrimonio de Lucila?

Aurette, sin saber por qué y con gran disgusto suyo, como excitada por una vejación que le dió ganas de llorar, sintió que un sonrojo ardiente invadía su rostro y hasta su cuello. El doctor, que la miraba mientras esperaba su respuesta, apart  los ojos y se puso   examinar con atención una clem tide blanca de los montes, cuyos sarmientos, llenos de grandes estrellas blancas, corrian alrededor de la terraza.

—Pues muy sencillamente, respondió la señorita Leniel volviendo la cabeza para aspirar el perfume de una madreselva de la China; cuando el Sr. Villandr  se enter  de que su hermana no tenía la dote necesaria, le cedió todo cuanto él poseía.

—En efecto, es muy sencillo, dijo el doctor mirando disimuladamente   Aurette, que poco   poco recobraba su color normal. Pero  c mo se ha enterado del asunto? Lucila había jurado no hablarle de ello...

—No fué Lucila quien se lo dijo.

— Ah!  Qu n fué, pues?  Acaso la señora Thomasset?

—No..., fué yo.

— T ?  Gracias   Dios que la cosa se va desem-brollando!  De modo que escribiste al profesor?

— Lo que es tener la conciencia sucia!, dijo gravemente. Cuando uno ha cometido un crimen teme la llegada de la justicia,  no es verdad, Aurette?

—No...

— Te vino   ver?

—No.

Aurette, comprendiendo que no lograría substraerse al interrogatorio, añadió en el tono más natural que pudo:

—Fu  yo   visitarle.

— De veras?

La mirada perspicaz del doctor abarcó toda la actitud de su joven amiga, y no sin algo de malicia insinu  con mucha suavidad:

—Siendo así, me explico que guarde silencio absoluto sobre las circunstancias que han motivado su resolución; pero lo que no me explico tan bien es que t , que generalmente te das tanta prisa por hacer justicia   las personas, no hayas sentido la necesidad de entonar las alabanzas del Sr. Villandr .

Aurette no contest , en vista de lo cual el doctor siguió diciendo:

— Te costó mucho convencerle?

—Ni siquiera me dió tiempo   explicarme, respondió Aurette con calor, una vez que la generosidad de su carácter hub  triunfado de un embarazo cuya causa era incapaz de determinar. Apenas le hube dicho que Lucila sufría y por qué sufría, me cort  la palabra.

— As , sin más ni más?, insistió el Sr. Rozel.

— Por qué se divierte usted mortific ndome?, repuso Aurette con algo de aquella desazón extraña que, de algunos días   aquella parte, sol a acometerla. Demasiado sabe usted que quise ofrecer la cantidad que faltaba...

— Y entonces Villandr  se te anticip ?  Diantre!  Vaya un par!  Conque hubo un pugilato de generosidad como en las tragedias?

—No hubo pugilato, pues ya he dicho   usted que no me dejó hablar.  Qu  podía yo oponer?

—Supongo que,   lo menos, te daría las gracias.

—Me las dió.

Al recordar lo que Villandr  le dijera en el umbral de la puerta de su casa, Aurette sintió nuevamente que un ardiente rubor te a sus mejillas; pero esta vez aquella sensación no iba acompañada de confusión ni de embarazo.

—Me dió las gracias, dijo, en forma tal, que mi idea obtuvo mejor recompensa que si hubiese sido un hecho consumado; por ello le estará siempre reconocida.

—Lo celebro mucho, repuso el doctor que, termi-

nado ya su examen, dejó de contemplar la clemátide. Ahora que estáis unidos por el recuerdo de una buena obra, siquiera la tuya fuese sólo por intención, sentiréis mayor placer cuando volváis á veros.

—Así lo espero, respondió Aurette.

Mas la idea de volver á encontrarse frente á frente de Natividad Villandr  la complac  tan poco por de pronto, que se apresur  á mudar de conversación.

VII

Un sábado, quince días aproximadamente después de la entrevista del doctor Rozel con Aurette, todo el Nido, amos y criados, se afanaban en arreglar la casa con motivo de la primera salida de la señora Deblay. Mientras que por las ventanas de par en par abiertas se oían los rechinamientos de los cepillos, el ruido de los palos de encerar y los golpes de los sacudidores sobre las alfombras, y se escapaban nubes de polvo, Aurette recorr  su terraza contemplando sus flores.

Toda la gloria de junio resplandec  en los jardines; los rosales extendían hasta ponerlos al alcance de la mano perfumados grupos de rosas   ostentaban en lo alto de los tallos grandes flores solitarias, pomposas y de brillantes colores. Desde la antigüedad hasta nuestros días,  cu nto no se ha escrito y dicho sobre las rosas! Y sin embargo, los que las aman saben que todo está aún por decir, porque su gracia y su belleza sobrepujan actualmente mil veces lo que fueron en otro tiempo.

Esas flores exquisitas ya no son sólo rosas, sino que han llegado   ser todo lo que en punto   delicados hechizos pueden producir el jardín y el invernadero, adoptando la forma y el color de los botones de oro, de las capuchinas, de las magnolias, de las camelias blancas y encarnadas; rasgando sus pétalos, ensanchando su corazón   cerrando celosamente su capullo virginal oculto entre los musgosos pétalos de su cáliz; ofreciéndose como un presente regio solas en un tallo erguido; avanzando sus flexuosas ramas guarnecidas de campanas inclinadas semejantes   las de las camp nulas; lanzándose   lo largo de los enca ados y de los balcones para llevar sus satinadas flores hasta nuestras manos; y todo esto con matices inexplicables, con perfumes que escapan al análisis. Respiramos las rosas, las sentimos; pero  qu en se atrever    describirlas?

La señorita Leniel caminaba lentamente por su terraza pensando en esas cosas y en otras muchas no menos gratas. El aire de la tarde era en extremo suave y tranquilo; el sol se inclinaba poco   poco hacia un horizonte dentellado que formaban árboles y campanarios y en el que las sinuosas colinas descendían hasta las corrientes de agua como para besarlas. Aurette sent ase embarazada de una alegría intensa, de una paz misteriosa, y el vapor de oro que bañaba los ríos y los bosques formaba también un nimbo   sus ensueños.

 Qu  dulce la vida en medio de la reposada alegría que en una familia unida producen el nacimiento de un niño amado y el restablecimiento de la felicidad y de la salud de la madre! Qué satisfacción ver   Juan bello, robusto, bueno   inteligente, confiado   manos prudentes y hábiles! Qué descanso para el espíritu saber que el porvenir de Lucila estaba asegurado! Todo esto sin contar con otras amistades, preciosas y queridas, que colaboraban, cada cual con su canción tierna, en ese himno de paz y de luz.

Aurette, al doblar una alameda, se detuvo delante de un rosal de elevado tallo, tan espeso y frondoso que casi formaba un matorral, y enteramente coronado de rosas «Celina Forestier,» que sobresalían por encima de las ramas como si se desbordaran de una cesta demasiado llena.

— Qu  hermoso eres!, le dijo hablándole como   un niño capaz de comprenderla; eres el regocijo de los ojos y es menester que te bese.

Inclin se delicadamente sobre la planta para posar sus labios en la más bella de las rosas abiertas, cuando de pronto qued se inmóvil, fascinada. En el centro del rosal, en un hueco que formaban las ramas y bajo un dosel de rosas, había un nido, un pequeño nido musgoso de curujas, cubierto todavía de leve plum n..., pero vacío. Los pájaros habían volado y Aurette los vió esp arlar con sus ojos negros y brillantes desde las ramas de una acacia que embalsamaba el ambiente con su perfume de azahar. Una emoción intensa, extraña, le oprimi  la garganta, y sin que ella lo advirtiera, brotaron de sus ojos lágrimas dulces, tranquilas, bienhechoras, desbordamiento de un manantial interior que no es posible secar sin que   la vez se seque lo mejor que hay en el alma.

—Ese nido entre esas rosas..., pensaba vagamente Aurette. Han sido muy confiados esos pequeñuelos;

cien veces he pasado por aquí, he cogido ramas enteras y no han tenido miedo. Me veían y sabían que no les causaría ningún daño...  Causar daño!..  Por qué?  De qué puede servir el causarlo? Proteger, estrechar entre manos blandas y tiernas, apretar   veces sobre el corazón..., aunque no muy fuertemente; besar con dulzura todo lo que se halla necesitado de amistad, de caricias...,   los niños de Julia, los capullos de rosa,   mi Juan... Todo lo que es delicadeza, gracia, fragilidad... Y hacerlos dichosos..., dichosos... Y yo también soy dichosa..., con ese sol, con esos perfumes, en medio de la armonía de los colores y de los sonidos.

Su ser se fund a en un éxtasis delicioso, mezcla de acción de gracias y de dulzura animal de vivir, en el cual los sentidos más delicados, embriagados por la belleza de las cosas, juntaban su hosanna al canto de su alma generosa y pura. Enjug se lentamente los ojos húmedos; sonri se de ver en su corpiño gotas de agua, agua celeste aunque había caído de sus ojos mortales, y se apart  del rosal dirigiéndole una última mirada cariñosa.

Al llegar al extremo de la alameda vió un objeto singular que se dirigi a muy de prisa hacia ella y al que acompañaba una persona en quien reconoció en seguida   Villandr . Pero el objeto extraño, animado, que se movía agitadamente,  no era Juan? S , ciertamente, era Juan montado en un pequeño triciclo y moviendo las piernas y los brazos con el ardor útil y el gasto loco de energía que caracterizan   los neófitos de todos los ejercicios corporales.

— Juan?, exclamó Aurette yendo   su encuentro tan de prisa como podía, pero sin correr.

—El mismo, señorita, respondió Villandr  quitándose el sombrero, mientras el muchacho, medianamente sofocado, paraba su máquina con un supremo esfuerzo. Quería dar   usted esa sorpresa, y esta idea le causaba tanta alegría que he creído, al satisfacer su deseo, que también usted participaría de ella.

Aurette mir    Juan y al profesor alternativamente con expresión maternal.

—Pero usted, caballero, dijo, no habría venido   pie desde Angers.

—S , señorita; ha sido sencillamente un paseo para vigilar   mi discípulo.

— A su discípulo?, pregunt  la joven.

—No de física, señorita, todavía no; lo será más adelante. Ahora es mi discípulo en la ciencia del triciclo, mientras espera serlo de algo más.

—Supongo, tía Aurette, dijo Juan, que has comprendido la indirecta. No puedes negarme la bicicleta por más tiempo.

— Oh, Sr. Villandr !, exclamó la señorita Leniel en tono de reproche festivo.  De modo que se trata de un complot.

—Nada de eso, señorita, por lo menos en lo que   mí se refiere. Creo que maese Juan es más diplomático de lo que parece; y en cuanto   mí, consid reme usted su víctima, no su cómplice. Sin embargo, en mi calidad de profesor de bi   triciclo, afirmo   usted que su sobrino puede, al presente, afrontar los peligros de ese género de equitación, siempre que el corcel sea proporcionado   su estatura.

—Ya lo oyes, tía Aurette.

—Pero, Juan, necesitas un profesor y el Sr. Villandr  tiene algo más que hacer que pasar el tiempo...

—Señorita, dijo Natividad conteni ndola con una mirada, ruego   usted que nos deje   Juan y   mí ser felices   nuestro modo.

Aurette se sonrió y guard  silencio.

—Queda convenido, dijo Juan desmontando; el lunes me la comprar s. Mientras tanto conservará esa máquina de alquiler.

El muchacho hablaba ya desdeñosamente de su triciclo.

—Corriente, respondió su tía encaminándose hacia la casa.

—Oye, dijo Juan tirándole de la manga,  qu  mirabas cuando hemos llegado?  Estabas tan pensativa!

—Mira en el centro de esa planta, respondió Aurette llevándolo delante del rosal.

Era demasiado pequeño; su tía quiso levantarlo en brazos, pero Villandr  se le adelant  y alzando al chiquillo le inclin  hacia el nido mientras Aurette apartaba las ramas.

— Mira también all !, le dijo Aurette señalándole la acacia en donde la familia pajaril esperaba que se marcharan para reinstalarse en su florida vivienda.

— Un nido?, exclamó Juan conteniendo el aliento. Y los pequeñuelos en ese rosal...  Qu  bonito!

Villandr  lo dejó en el suelo.

—Gracias, amigo Sr. Villandr .

—Aurette, sorprendida de aquella familiaridad mir  al profesor.

—De él mismo ha salido el llamarme así, dijo éste, y me ha parecido que no debía prohib rselo...

—Con tal que esto no le haga menos respetuoso...

— Menos respetuoso?  Me gustaría ver qu en es el guapo que falta al respeto al Sr. Villandr !, exclamó el niño con un aire belicoso que les hizo reir.

— Vendr  usted mañana   comer, con Lucila?, pregunt  la señorita Leniel mientras se encaminaban   la terraza.

—Si usted me lo permite...

Caminaban despacio llevando en medio   Juan y sin hablarse. Villandr  y Aurette pensaban que desde el momento en que se habían separado en el umbral de la puerta de la casa del profesor no habían vuelto   dirigirse la palabra; y sin embargo, nunca habían pensado tanto el uno en el otro. Cuando llegaron   la escalinata, el sol, que inundaba de polvillo de oro todo el valle, rode se repentinamente de un nimbo de nubes incomparables.

— Mira, tía Aurette, qué bonito!, exclamó Juan deteniéndose en el último peldaño.

Y los tres, silenciosos, contentos, anegados en el esplendor de los rayos del sol contemplaron aquella fiesta del día.

VIII

Los preparativos para la boda de Lucila pusieron en más de una ocasión   prueba la buena voluntad de la Sra. Deblay y de su hermana; la interesante joven, que no tenía madre, necesitaba consejos que su hermano no podía darle, y las amigas que en cierto modo la habían adoptado hicieron para ella las veces de familia y decidieron celebrar en casa de Julia el almuerzo de boda.

Todos esos detalles materiales permitieron   Natividad Villandr  encontrarse   menudo con Aurette en esa especie de familiaridad inevitable, propia de las bodas, y gracias   la cual personas que nunca se han visto viven   veces en comunicación constante durante algunos días para no volverse   ver jamás. Villandr  no buscaba de intento esas ocasiones, pero tampoco huía de ellas; el placer que experimentaba con la compa a de la señorita Leniel era demasiado noble y demasiado delicado para que hubiera de desconfiar de él. Ni uno ni otra habían aludido   la visita de Aurette, con ser un paso de tanta importancia, y salvo un poco más de confianza tácita en el modo de hablarse y de tratarse, nada revelaba que fuesen amigos.

Y sin embargo lo eran y muy sinceros. La conducta de la señorita Leniel había impresionado hondamente   Villandr , no sólo por la generosidad de la intención y por lo delicado de su proceder, sino también por la tranquila entereza de su espíritu valeroso. Había ido   visitarle sencillamente, sin pensar siquiera que aquella acción podía ser mal interpretada, ya por él, ya por los demás, juzgando que la dignidad del profesor exigía que nadie asistiese   aquella entrevista y preocupándose en todo aquel asunto únicamente de los otros, no de sí misma. Esto era lo que él había apreciado y por lo que le había señalado en seguida en su estimación un puesto que nada sobrepujaba.

Aurette, en efecto, no se daba cuenta de lo insólito de su modo de obrar; se había defendido tan bien contra cualquier pensamiento ajeno   su causa, que no se le había ocurrido que pudieran censurarla. El doctor Rozel, en su interrogatorio, le había hecho comprender lo que había de imprudente en el paso dado por ella, y por un momento tem  que Villandr  hubiese interpretado mal su conducta, idea que le había infundido una vergüenza casi dolorosa; pero el recuerdo de las palabras que le dijera el profesor al despedirla hab anla tranquilizado, dándole la certeza de que era digno de comprenderla, y un débil rubor de satisfacción había teñido su semblante. En resumen, se veían con frecuencia, no cruzaban sino frases triviales y pensaban mucho el uno en el otro, como en un ser muy interesante, de esos que pocas veces se encuentran en la vida ordinaria.

No sin muchas vacilaciones y varios borradores de cartas habían al fin Natividad y su hermana anunciado la boda de Lucila   la señora Thomasset, habiendo tenido que emplear mucha prudencia y mucha filosofía para no deslizar en su carta la menor alusión   la visita recibida por la señorita Leniel. La respuesta fué corta y terminante:

«Siempre supuse que eso se arreglaría; hubiera preferido que Lucila se casara con un paisano, porque no me gustan los militares, pero cada cual está sometido   su destino. Que me diga Lucila si quiere mi cuarto de damasco de lana   si prefiere un armario de roble para la ropa blanca. La víspera de la boda enviará provisiones. Si se hubiese casado en invierno, habría podido ofrecerle un magnífico par de pavos; pero en la presente estación no tengo más que pollos.»

Juan, que escuchaba la lectura de esa carta que Lucila les había comunicado, se tiró de bruces en una gran otomana, con las piernas en alto, y así se estuvo riendo medio minuto; después se sentó y declaró con voz entrecortada por la risa, que la cosa tenía mucha gracia.

—¿Y qué es lo que encuentras de chusco en todo eso?, preguntó Aurette, deseosa de saber qué era lo que de tal modo había podido regocijar á su sobrino.

—¡Todo!, respondió el niño. Dice que no le gustan los militares, pero enviará pollos, y que si la señorita Lucila se hubiese casado en invierno, le habría regalado pavos. ¡Digan ustedes lo que quieran, esa señora me agrada! ¡A lo menos dice lo que piensa!

En cuanto á eso, no era posible dudar. Lucila, aterrada ante la idea de la caoba chapeada, apresuróse á pedir el armario de roble, que no tardó en llegar acompañado de un enorme baúl lleno de hermosa ropa blanca. Era ropa antigua, hilada y tejida á mano, de esa que ya no se encuentra en ninguna parte, y hecha para durar el doble que la tela más sólida de nuestros días; con las grandes sábanas que oían á iris, había para acostar á toda una generación, y las servilletas prometían aparecer en series interminables de comidas de familia ó de gala.

—Con esto tiene usted ropa para de aquí al día que sea usted generala, dijo Aurette inspeccionando el contenido del baúl en el cuarto de la Srta. Brelet.

En el fondo estaban los doce cubiertos prometidos que completaban el presente. Lucila esperaba acaso algo más, ya que dejó caer la tapa lanzando un suspiro.

—¿Qué le pasa á usted?, preguntó Aurette.

—Pienso en mi hermano, respondió la joven.

La señorita Leniel examinó el dobladillo de una sábana medio desdoblada y nada dijo.

Llegó el día de la boda, tan agitado, irritante y fatigoso como todos los días del mismo género, con iguales retrasos, olvidos y absurdos materiales que en todas partes; y como en todas partes, después de haberse dicho y repetido cien veces que nunca acabaría de estar todo á punto y que no podría celebrarse la boda porque todo el mundo había descuidado algo esencial, á las dos de la tarde estaban todos sentados á la mesa en el gran comedor de los señores de Deblay.

Los invitados eran pocos en número, una veintena á lo sumo, la mitad de los cuales no conocían ó conocían muy poco á la otra mitad, y sin el doctor Rozel y su sobrino, que se multiplicaban, aquel banquete habría parecido comida de aniversario de un fallecimiento.

Esto no obstante, la conversación se animó en seguida, y á la media hora comenzaba á sentirse en torno de la mesa cierto bienestar moral, cuando el maestresala presentó un imponente fricasé de pollo, rodeado de grandes costras.

Los ojos de Aurette se dirigieron involuntariamente á la señora Thomasset, y Juan, que estaba sentado al lado de su tía, le tiró implacablemente de la manga.

—¡Tía Aurette, no te pongas tan encarnada! ¡Mira que vas á comprometerte!

—¿A comprometerme?, repitió Aurette sin apartar la vista de la señora Thomasset, que en aquel momento se servía con meticulosidad y no sin cierta desconfianza.

—Sí..., lo sé todo; la cocinera de tía Julia me lo ha contado.

De pronto sonó la voz de la señora Thomasset, severa como la trompeta del Juicio final.

—¡Esos no son mis pollos!; gritó blandiendo su tenedor.

—¡Ea, ya se descubrió el pastel!, exclamó Juan apretando los labios para no soltar la carcajada.

—Señora, estoy maravillado de la finura de su paladar, dijo el doctor Rozel dispuesto á todo, incluso á la hipérbole, con tal de salvar la situación. ¿Cómo ha podido usted conocerlo?

—¡Bah!, respondió la señora Thomasset. No es difícil adivinarlo; esos son pollos cualesquiera, pollos de Angers, en una palabra, al paso que los míos eran pollos de la Fleche. ¿Qué ha sido de ellos?

Los invitados contemplaban sorprendidos á la buena mujer, mientras el maestresala, cansado de presentar la fuente á un caballero que no le hacía caso,

adoptó su postura ordinaria y con el fricasé en la mano esperó á que la comida siguiera su curso.

—El tren vino con retraso, dijo la señora Deblay casi tan alegre como disgustada, y los pollos no han llegado hasta esta mañana; no contando, pues, con ellos, la cocinera ha creído proceder bien comprando otros, y este mediodía, cuando estábamos en la iglesia, llegó la cesta de usted. Ya comprenderá usted, pues, señora...



Lucila se atrevió á besarla

El maestresala, juzgando la ocasión propicia, presentó de nuevo la fuente al caballero distraído, tocándole al mismo tiempo respetuosamente el codo, y el fricasé pudo continuar su viaje.

—Debieran haberlos recogido ayer, dijo severamente la señora Thomasset.

—Tiene usted razón, repuso la señora Deblay con su risueña afabilidad; pero con tantas cosas como había á que atender... Pido á usted mil perdones por nuestro descuido.

La señora Thomasset pareció humanizarse y probó el trozo de ave que se había servido.

—La verdad es, dijo con cierta condescendencia, que para ser pollos de Angers, su cocinera de usted ha sacado de ellos todo el partido posible. Están muy buenos; pero si ese mismo guiso hubiese sido hecho con los míos...

—Crea usted que lo sentimos mucho, mi querida señora, dijo Julia; y para que usted se consuele, le diré que, en vista de la abundancia de provisiones, los regalos de usted han sido llevados al hospicio y que esta noche los enfermos la bendecirán como á una verdadera providencia.

—¡Los enfermos!, exclamó la señora Thomasset. ¿Quiéren ustedes que mueran de una indigestión?

—Quise decir los convalecientes, repuso Julia en medio de la hilaridad general.

—De seguro que nunca habrán comido cosa semejante, dijo la vieja de pronto sosegada.

—Y de este modo, unidos en espíritu á nosotros, se regalarán á la salud de los novios.

—Ha sido una buena idea, una excelente idea, dijo la señora Thomasset.

Y excelente debió parecerle, en efecto, porque desde aquel día la señora Deblay recibió de vez en cuando una cesta de provisiones para sus enfermos; y lo que probaba la buena intención de la donadora era que el envío se componía siempre de manjares escogidos, tan hermosos como si hubieran debido servirse en mesa de príncipes.

—¡Qué mujer tan singular!, decía el doctor Rozel. De todos nosotros, sólo Juan la comprende, pero creo que la conoce á fondo.

El niño, al oír esto, guiñaba los ojos con expresión maliciosa y no respondía nada.

IX

Ocho ó diez días después de la boda, á eso de las cinco de la tarde, Aurette, agobiada por el calor sofocante que penetraba en el interior de la casa, á pesar de los postigos cerrados y de las corrientes de aire combinadas con inteligencia, descendió la escalera de la terraza para contemplar el cielo que de repente se había oscurecido.

Una nube negra avanzaba por Occidente, proyectando sobre el valle una sombra lúgubre, y á medida que se acercaba, el verde alegre de las tiernas hojas tomaba un tinte sepulcral y el agua de los arroyos teñíase de color de plomo. Un estremecimiento de terror agitó los árboles; los pájaros enmudecieron, y en medio del gran silencio que reinó de pronto, oyóse el lejano retumbar del trueno.

—¡Va á haber tormenta y Juan no está aquí!, pensó Aurette.

En esto, detrás de la casa, crujió la arena bajo las ruedas de un coche; Aurette dió apresuradamente la vuelta y se encontró delante de la victoria vacía y del cochero que había bajado del pescante.

—¿Y el señorito Juan?, preguntó.

—¡Cómo! ¿No está aquí?, preguntó á su vez el anciano criado.

—¡Con usted debía venir!, replicó la joven consternada al ver que Brochet se ponía lívido.

El cochero refirió que, habiendo tenido que hacer varias diligencias en la ciudad, había llegado al liceo con algunos minutos de retraso; sorprendido al ver que el señorito no le esperaba como de costumbre, había mandado llamarle y le habían contestado que Juan se había marchado á pie en cuanto abrieron la puerta del establecimiento.

—Por el camino he mirado á todas partes, añadió, y no habiéndole visto creí encontrarlo aquí. Habrá venido por otro camino, lo cual me extraña, porque, en el fondo, sólo hay uno para venir...

—¿Habrá salido solo?

—Creo que sí, señorita; de lo contrario, me lo habrían dicho.

Los ojos ansiosos del viejo doméstico interrogaban los de su señora; el pobre

hombre no se atrevía á decir todo lo que sabía por miedo de empeorar la suerte del niño á quien adoraba y Aurette tampoco se atrevía á preguntar más, porque por leal que fuese Brochet, al fin y al cabo era un criado.

—¿No cree usted que haya ido solo ó con sus compañeros á orillas del río?, preguntó la señorita Leniel, acometida de pronto de un horrible espanto.

—¡Oh, no, señorita, no creo tal cosa! No, no es eso.

Un relámpago les deslumbró é hizo dar un salto al caballo, al que el cochero cogió por el freno, y casi inmediatamente el fragor del trueno conmovió con formidables estampidos toda la casa. Aurette, dejando que Brochet se las entendiera con el caballo, avanzó algunos pasos por la avenida para registrar con la mirada la carretera.

Juan llegó corriendo, sin nada en la cabeza y con el semblante hosco, desvióse un poco para no tropezar con su tía, subió en dos saltos la escalinata, cerró con violencia la puerta y penetró en el edificio.

—¡Juan, Juan!, gritó Aurette sin obtener respuesta.

Un segundo relámpago envolvió toda la casa; la sacudida eléctrica hizo retremblar el suelo como si hubiera terremoto, y un estrépito de vidrios rotos atestiguó la fuerza del choque. Aurette entró en el edificio, y sin preocuparse de los criados que corrían azorados de un lado á otro, subió al cuarto del niño, cuya puerta estaba cerrada por dentro.

—¡Juan!, gritó. ¡Abreme, pronto!

Una ráfaga de viento, que parecía querer arrancar del suelo el Nido, hizo crujir todas las maderas; después un silencio angustioso.

—¡Juan, abre en seguida! ¡Soy yo, tía Aurette!

Púsose á escuchar, y no oyendo nada, sintió un miedo terrible.

—¡Juan, por Dios, te lo suplico!..

La voz del niño, dura, imperiosa, desfigurada, respondió:

—¡No!

A pesar de sus temores y de su disgusto, Aurette sintió un gran alivio, y el trueno, ya menos cercano, que resonó en aquel momento, no le produjo impresión alguna. Juan hablaba, luego vivía y estaba en su juicio.

(Se continuará.)

BRUJAS.—LA EXPOSICIÓN DEL TOISÓN DE ORO

En Brujas se celebra actualmente una interesantísima Exposición del Toisón de Oro. Pocas ciudades habrá más á propósito para una manifestación de carácter histórico retrospectivo que la típica capital de la Flandes occidental, que por su aspecto en conjunto, por sus monumentos y hasta por las costumbres de sus habitantes conserva como ninguna otra el sello de la Edad media. Además Brujas es la que mejores títulos tiene para celebrar una exposición como la del Toisón de Oro, ya que en ella fué instituída, en 1430, esa insigne orden por el duque de Borgoña y conde de Flandes Felipe III el Bueno.

A la iniciativa del gobierno belga han respondido las principales cortes europeas enviando á la exposición sus mejores colecciones referentes al objeto de la misma. Allí se admiran, entre otros muchos objetos á cual más interesantes, las armaduras de los reyes españoles Felipe I, Felipe II y Carlos I; el casco y el escudo de éste; las insignias y collares de S. M. el rey D. Alfonso XIII, de S. M. el rey Leopoldo II de Bélgica y de S. A. R. el conde de Flandes; las sillas del capitulo de Brujas pertene-

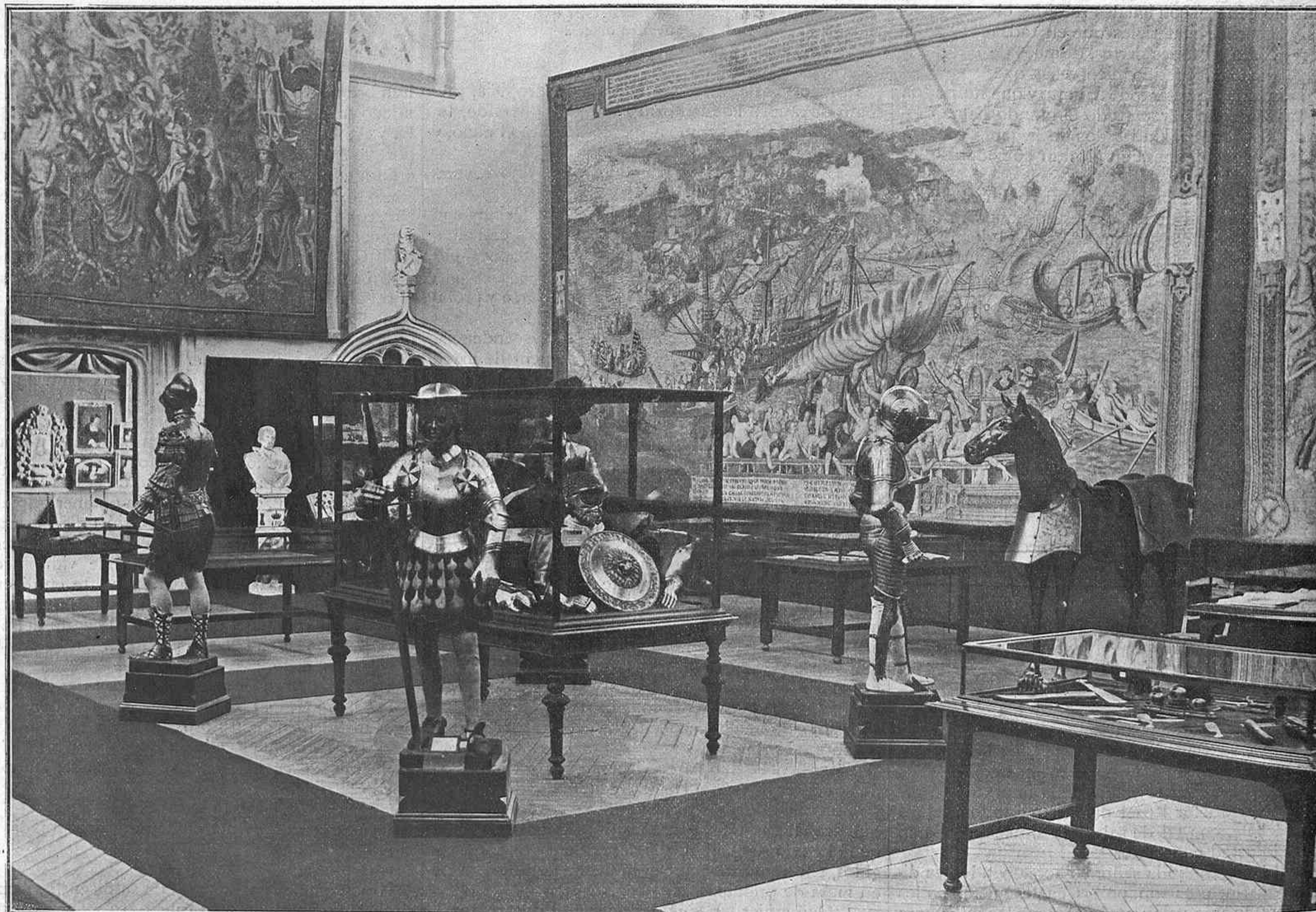
cientes al Museo del Cincuentenario de Bruselas; una reproducción de las del coro de la catedral de Bar-

de diversas corporaciones, gran número de retratos, los cuales sobresalen los que representan la entrada del ejército de Carlos I de España, V de Alemania, en Barcelona en 1535 de paso para la conquista de Túnez y la toma de esa ciudad africana, en el mismo año, ambos propiedad de la Real Casa española y que fueron tejidos en Bruselas por Guillermo Pannemaker por encargo de aquel emperador, conforme á los cartones pintados por Juan Veomeyen, que acompañó á Carlos en aquella gloriosa jornada.

España, como se ve, hállase admirablemente representada en la exposición, lo que no es de extrañar teniendo en cuenta en primer lugar los tesoros inmensos que encierran nuestros museos, especialmente la Real Armería del Palacio de Oriente de Madrid, y en segundo el natural deseo de nuestro monarca D. Alfonso XIII, gran maestre de la orden del Toisón, de que la nación española, en quien quedó vinculada la gran maestría, hiciese en Brujas el altísimo papel que le correspondía.



Brujas.—Palacio en donde se celebra actualmente la Exposición del Toisón de Oro
(De fotografía de Carlos Trampus.)



Brujas.—Exposición del Toisón de Oro.—Sala principal. en la que se ven, entre otros objetos de gran interés histórico, las armaduras de Felipe I; Felipe II y de Carlos I de España y V de Alemania, y varios hermosos tapices, uno de ellos el famoso que representa la toma de Túnez por los españoles en 1535. (De fotografía de Carlos Trampus.)



Barcelona.—Reparto de premios á los alumnos de la clase gratuita de árabe que sostiene el Centro Hispano-Marroquí. (De fotografía de A. Merletti.)

BARCELONA. — REPARTO DE PREMIOS
 Á LOS ALUMNOS DE LA CLASE DE ÁRABE DEL CENTRO
 HISPANO-MARROQUÍ

Celebróse este acto el día 14 de los corrientes en el salón principal del antiguo restaurant del Parque, que se hallaba espléndidamente decorado; fué presidido por el vice-rector de esta Universidad D. Lorenzo de Benito, en representación del ministro de Instrucción Pública, y á él asistieron el gobernador civil Sr. Ossorio, el presidente del Centro Hispano-Marroquí Sr. Roig y Bargadá, y la junta directiva del mismo, representaciones de la Diputación provincial, del Ayuntamiento, del Instituto, de la Audiencia, de la Cámara de Comercio, de la Sociedad Barcelonesa de Amigos de la Instrucción, de la Lliga Regionalista, de la Escuela de Náutica y de otras entidades y una numerosa y escogida concurrencia.

Después de la lectura de una interesante memoria del secretario del Centro Sr. Alegret y de dos elocuentes discursos del profesor de la clase de árabe Sr. Cuevas y del presidente, procedióse al reparto de los premios, que se otorgaron en la forma siguiente: el de S. M. el rey á D. Jaime Malagarriga; el de Su Alteza el infante D. Fernando á D. Aniceto Gresa; el de D. Sebastián Maltrana á D. Antonio Ametlla; el de D. Amalio Jimeno á D. Juan Bel Vilalta; el de D. Eduardo Saavedra á don Juan Caballero; el de D. Sabas Muniesa á D. Juan Bova; el de D. José Canalejas á D. Ramón Vilaró; el de D. Pedro Navarro á D. Pedro Pujol Bes; el de D. Rafael Gasset á D. José Victorio Pérez; el de D. Cristóbal Mezquita á la Srta. D.^a Rosa Gresa; los del ministro de la Gobernación á D. José Baró y á D. Magin Puig; el del ministro de Instrucción Pública á don Rafael Paredes; el de D. José M.^a de Ortega Morejón á don Santiago Gresa; los de D. Rafael M.^a de Labra á D. Joaquín Fernández, D. Antonio Nolla, D. Agustín Trías y D. Rafael Montoliu; el de D. Juan Vázquez Mella á D. Rafael Panés; el del marqués de Camarasa á D. Miguel Castañeira, y el del marqués de Comillas á D. Domingo Castells.

El Sr. de Benito puso término al acto, que resultó una fiesta altamente simpática é interesante, dedicando entusiastas y merecidos encomios á la obra de patriotismo y de cultura que realiza el Centro Hispano-Marroquí. — S.



JUEGOS DE PRENDAS

AYER, HOY Y MAÑANA
 LA FE, EL VAPOR Y LA ELECTRICIDAD
 Cuadros sociales de 1800-1850 y 1899
 POR
 D. ANTONIO FLORES

Edición ilustrada
 Tres tomos ricamente encuadrados, á 5 pesetas uno,
 para los Sres. Suscriptores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, Paris.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
 LOS VERDADEROS Y EFICACES
 PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
 COLORES PÁLIDOS
 EMPOBRECIMIENTO
 de la SANGRE
 Escrófulas, etc.

PILULES
 de BLANCARD

al IODURO de HIERRO
 INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^o, 40, R. Bonaparte, París.

AVISO Á
 LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS
 JORET-HOMOLLE

CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS

F^{ra} G. SÉGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

HISTORIA GENERAL de FRANCIA
 ESCRITA PARCIALMENTE
 POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES

Edición profusamente ilustrada con reproducciones de códices, mapas, grabados y facsímiles de manuscritos importantes, á 50 céntimos cuaderno de 32 páginas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILVORE. DUSSER, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



Estudio, dibujo al lápiz de Dionisio Baixeras. (Exposición del Círculo de San Lucas.)

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
 * Célebre Depurativo Vegetal
 cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
 Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO
 H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris.
 Todas Farmacias.

Data de 1849 Paris
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezolada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 Casa CANDÈS
 B^e St-Denis, 16

Dentición
JARABE DELABARRE
 Jarabe sin narcótico.
 Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los
 sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
 FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, Faub^e St-Denis, Paris,
 Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
 SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de exito.

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
 el mas reconstituyente soberano en los casos de
Clorosis, Anemia profunda, Malaria,
Menstruaciones dolorosas, Calenturas.
 Calle Richelieu, 102, Paris. - Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida
 curación de las *Afecciones del*
pecho, Catarros, Mal de gar-
ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,
de los Reumatismos,
Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
 este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos,* la
Clorosis, la *Anemia,* el *Apoca-*
miento, las *Enfermedades* del
pecho y de los *intestinos,* los
HEMOSTÁTICA
Espustos de sangre, los *Catarros,* la *Disenteria,* etc. Da nueva vida
 á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN